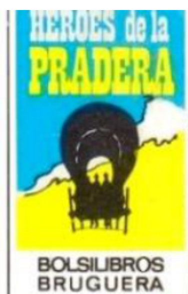
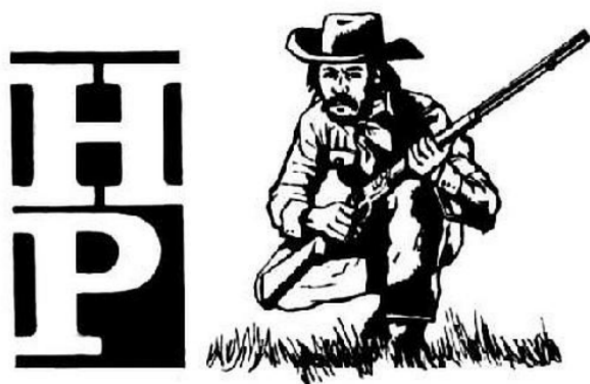


Silver KANE

LA VENGANZA DE DALE TEMPLE



HEROES DE LA PRADERA





Silver Kane

LA VENGANZA DE DALE TEMPLE

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 555
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: B 19947-1980
Depósito legal: B 19947-1980

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: agosto, 1980

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

Los tres hombres avanzaron lentamente por la calle llena de gente. No tenían prisa y daba la sensación de que no iban a ninguna parte. Pero en realidad sí que sabían muy bien adónde iban. Lo que ocurría era que caminaban de aquella manera porque deseaban no llamar la atención.

Eran muy conocidos fuera de las fronteras del Estado.

Pero allí, en Tulsa, no eran gente famosa. Era la primera vez que ponían los pies en la ciudad, y por tanto resultaba difícil que les reconociesen. Por eso se les había elegido para aquel trabajo, a pesar de saber que en el último momento se les identificaría fácilmente.

Por todas partes había carteles electorales.

Sonaban charangas y desfilaban bandas de música.

Los saloons estaban llenos: el dinero fácil corría por la ciudad: muchos agentes electorales compraban votos a buen precio.

Los hombres doblaron la esquina.

—¿Has visto, Joe?

—Sí, esta vez se gastan dinero de verdad.

—Propaganda, carteles, música… Ni que fueran las elecciones para presidente de Estados Unidos.

—El que resulte ganador en este Estado ganará más dinero que cualquier presidente de cualquier país. Aquí la riqueza correrá a manos llenas. ¡Y con el petróleo que se acaba de descubrir…! ¡No hablemos del petróleo!

Mientras abandonaban la calle principal, los tres hombres echaron una ojeada al panorama que dejaban atrás.

Los carteles electorales se veían desde todas partes, pero fundamentalmente destacaban los de dos grandes candidatos.

Una gran parte de aquellos carteles decía:

EDWARD KAUFER FOR GOVERNOR

Y otra gran parte:

RICHARD TEMPLE FOR GOVERNOR

Hasta aquí todo era lo mismo. Pero las promesas electorales variaban. Por ejemplo Kaufer prometía orden y mano dura. Richard Temple prometía libertad y tolerancia. Era evidente que resultaban los dos candidatos más firmes y que entre ellos se decantaría el nombramiento de gobernador del Estado.

Una gran serie de carteles, quizá los más lujosos, no se cansaban de proclamar:

DOS SANTOS FOR GOVERNOR

Dos Santos era el más rico de los tres y el que se gastaba más dinero en propaganda. Pero tenía un inconveniente, y era su falta de popularidad. Muy poca gente le conocía en aquel Estado. De todos modos la gente sabía que él era el fiel de la balanza. Si Dos Santos cedía sus votos a uno u a otro candidato, decidiría las elecciones.

A los tres hombres eso les importaba poco.

Sabían quién iba a ganar.

Pero se jugaban una auténtica fortuna en aquel envite y estaban decididos a realizar el trabajo bien. Después de abandonar la calle principal, fueron hacia la cuadra pública.

Allí había dos hombres.

El encargado de la cuadra y un amigo que había ido a visitarle, y que en ese momento le invitaba a cargar su pipa.

Los tres individuos entraron a la vez.

Fue uno de ellos el que habló:

—¿Cómo están nuestros caballos?

—Perfectos. Puede salir de viaje en cualquier momento.

—¿No le hemos dicho que los ensillara? ¿Por qué no lo ha hecho aún?

—Oh, perdonen. Me había distraído, pero los ensillaré en un momento. Pueden esperar si quieren.

—No podemos. Aún tenemos un trabajo que hacer.

—¿Cuándo volverán?

—Dentro de cinco minutos.

—De acuerdo, señores. Los caballos estarán listos; no se preocupen.

—El que debería preocuparse es usted.

Y los tres hombres salieron nuevamente.

Habían dirigido al encargado de la cuadra una mirada de hielo.

Se estremeció.

Hacía años que nadie le miraba de aquella manera.

El hombre que estaba a su lado, cargando la pipa, dejó caer el tabaco al suelo. Cuando se inclinó para recogerlo, su mano temblaba.

—¿Te has dado cuenta?

—Sí. Yo diría que me amenazaban…

—No, no era sólo eso. ¿Es que no los has reconocido?

—La cara de uno de ellos me era familiar.

—Son tres asesinos profesionales. Siempre actúan juntos y vienen de Texas. Yo los vi en Dallas el año pasado. ¡Por todos los infiernos! ¿Qué estarán tratando de hacer aquí?

Los tres hombres seguían con su paso indolente y un poco perezoso. Andaban, eso era evidente, como tres auténticos tejanos. Y, tras dar aquel rodeo, salieron de nuevo a la calle principal, donde las charangas, el ruido y el jolgorio eran más estridentes que nunca.

Entraron en uno de los edificios.

Toda la fachada estaba ocupada a lo largo por un gran cartel. Sencillamente, era el cuartel general de uno de los candidatos, el cartel proclamaba como tantos otros, pero en letras más grandes:

RICHARD TEMPLE FOR GOVERNOR

Había mucha gente en el vestíbulo. Gente que entraba y salía. Muchos eran simpatizantes de Temple, y otros simples empleados ocasionales que iban a fijar nuevos carteles por toda la ciudad. Pero la gente mejor vestida y que parecía importante se dirigía por las escaleras hacia arriba, hacia el piso superior del edificio.

Los tres hombres subieron también.

No iban bien vestidos, pero parecían importantes. Por lo menos nadie se atrevió a cortarles el paso al ver sus grandes revólveres con los puntos de mira limados.

En la sala superior había una gran animación.

Richard Temple estaba preparando los últimos detalles de su campaña. Faltaba un día para las elecciones y el ambiente era tenso. Claro que también podría pensarse que celebraba anticipadamente su triunfo. Sobre una gran mesa había varias botellas de champaña descorchadas, y las copas corrían alegremente de mano en mano.

En el primer momento nadie se fijó en la súbita llegada de los tres hombres.

Era tan inconcebible que pudiera pasar algo allí, en el propio cuartel general de Richard Temple, que nadie se había ocupado de montar un servicio de vigilancia. Richard llevaba un revólver, más por costumbre que por otra cosa, así como los hombres que estaban junto a él. Pero no estaban atentos, sino todo lo contrario.

Y así los tres recién llegados pudieron situarse apenas a seis pasos del joven candidato, muy cerca de una de las ventanas.

Fue Richard Temple quien los vio.

Richard Temple, joven, alto y rubio. Richard Temple, muy distinto de los otros dos desagradables y biliosos candidatos.

Murmuró:

—¿Qué hacen ustedes aquí?

Los tres hombres habían entrecerrado los ojos.

Sus expresiones y sus gestos eran idénticos.

Parecían tener un solo cuerpo.

Uno de los hombres susurró:

—¿No lo adivinas, Richard?

Fue el momento en que gritó alguien:

—¡Cuidado! ¡Yo los conozco! ¡Son asesinos profesionales llegados de Texas!

Richard Temple pareció darse cuenta en el último momento de que la situación era angustiosa.

Los que estaban a su lado no reaccionaron.

Todo había sucedido con tanta rapidez que la gente estaba desconcertada. No hubo nadie que llevara la mano al revólver con la suficiente rapidez. Por lo menos nadie fue tan veloz como aquellos tres pistoleros profesionales.

Richard Temple intentó hacer algo que todos creyeron un gesto desesperado.

Saltar por la ventana cerca de la cual estaban los tres hombres.

Quizá trataba de desconcertarlos así.

Pero no lo consiguió.

Los tres disparos ladraron como perros rabiosos mientras él corría hacia la ventana.

Instantáneamente el joven se llevó las manos al pecho.

De éste broto un torrente de sangre.

Todos adivinaron que las balas tenían que haber sido mortales. El sitio en que habían penetrado era de los que no perdonan.

Pero Richard Temple no detuvo su loca carrera en pos de la salvación. Cubierto de sangre chocó con la ventana. La destrozó y saltó por ella en una fantástica cabriola.

¿Hubiera podido vivir caso de no suceder lo que ocurrió luego? ¿O estaba muerto ya cuando rompió la ventana por pura inercia? Eso fue lo que se preguntaron muchas personas en los dos o tres segundos siguientes, pero la cosa no iba a tener ninguna trascendencia práctica. Porque Richard Temple estaba listo de todos modos, aunque en el primer instante dio la sensación de que se salvaría.

Porque cayó sobre un carro de paja estacionado bajo la ventana. Un carro cuyos caballos, asustados, se pusieron a galopar, despertando al tipo que parecía dormir en el pescante.

Sí. Dio la sensación de que Richard Temple podía salvarse.

Pero los asesinos obraron con perfecta frialdad. Ni se inmutaron. Uno de ellos tomó un quinqué y lo arrojó por la destrozada ventana sobre el carro de paja.

Las llamas crecieron como por encanto mientras el vehículo se alejaba velozmente.

Convirtieron el carro en un infierno.

Y todos los que presenciaron aquello desearon angustiosamente lo mismo: que al menos Richard Temple hubiera muerto antes de sentir las llamas en su carne.

Uno de los pistoleros dijo con la mayor tranquilidad, mientras se disponía a saltar por la misma ventana:

—Vámonos. Ya han pasado cuatro minutos y medio.

CAPÍTULO II

El *sheriff* examinó de arriba abajo, una y otra vez los tres ataúdes, y murmuró:

—Son de buena calidad.

—Excelentes —dijo el juez—. Excelentes. En todo el estado de Idaho no se fabrica nada mejor.

El empresario de pompas fúnebres de la ciudad también se acercó y dijo:

—Son mi mejor trabajo. Miren los cristales que dejan descubrir los rostros. Miren con qué claridad se ven los cadáveres. Miren.

Los hombres miraron.

Dentro de los ataúdes había dos hombres y una muchacha, el mayor de los cuales no debía haber cumplido aún los veinticuatro años.

—Estábamos en deuda con ellos —dijo el juez—. Los hemos ahorcado, pero tienen un ataúd de primera categoría. Y tendrán también un entierro de primera, acompañados por Dale Temple, esa bestia con figura humana.

Todos los hombres que estaban alrededor de los ataúdes, guardaron silencio después de aquellas palabras, para oír mejor los estampidos que atronaban la zona norte de la población.

—Aún no lo han cazado —dijo el *sheriff*.

—No tardará en caer. Hay más de veinte hombres rodeando la casa. Se gastarán barriles de pólvora si es preciso, pero acabará ahorcado como esos tres.

—El hecho de haberles ahorcado delante de la ventana donde está él, para que lo viese, ha aumentado sus instintos de fiera —dijo el de pompas fúnebres—. Asegura usted que hay más de veinte hombres cercando la casa, pero yo le digo que no deben quedar más de ocho o diez en estos momentos.

—¡Bah! Tonterías.

—Ese hombre dispara con la izquierda igual que con la derecha. Siempre hace blanco y además tiene ganas de matar. No doy diez centavos por la piel de los que están ahora rodeando la casa.

—Dale es una auténtica hiena, pero no logrará salir de ahí. Y cuantos más hombres despache, os prometo que su ejecución será más divertida y más lenta.

—¿Por qué no incendiamos la casa? —sugirió el *sheriff*—. Bastaría una carreta de leña empapada en petróleo para…

—No podemos hacerlo —gruño el juez de mala gana—. Es la casa de la señorita Thompson y ella está dentro. Hay que obrar con cuidado, en parte porque ella merece vivir y en parte porque en estos momentos es la mujer con más porvenir de este Estado. Nada de enviar carretas incendiadas. Tenemos que acosar a ese hombre a balazos, como a las fieras, arrinconarle y ponerle la soga al cuello antes de que pueda causar más víctimas.

El tiroteo se hizo más intenso. Parecía como si media ciudad estuviese en guerra con la otra media.

—Vamos a ver lo que ocurre —dijo el *sheriff*, no muy seguro de que todo marchara bien—. Hay que tener cuidado con lo que hace esa gente.

—¿Son novatos?

—No. Se trata de la milicia local de varias poblaciones del condado. Son hombres que saben manejar el rifle y el revólver, pero ese Dale Temple, ¡diablos!, sabe más que ellos.

Salieron del local donde estaban los tres ataúdes. Iban el juez Cardigan, el *sheriff* Butler, el empresario de pompas fúnebres, llamado Alegría Jones, y un agente a quien siempre se empleaba como verdugo. Los cuatro emprendieron a pasos largos y nerviosos el camino hacia la calle principal de Wiscondel, población fronteriza de Idaho con Nevada, donde Dale Temple había sido acorralado.

Los disparos ensordecían al acercarse uno al lugar de la refriega. Varios hombres parapetados tras varias pilas de paja, colchonetas, barriles y montañas de sillas y mesas disparaban sin interrupción contra las dos ventanas de una pequeña casa situada casi al extremo de la calle, entre dos almacenes, y de donde partían también continuas llamaradas. Por la rapidez de éstas daba la sensación de que eran varios los hombres que estaban allí situados, pero en

realidad era uno solo, que se desplazaba continuamente y disparaba a una velocidad sencillamente increíble.

El *sheriff* rió:

—¿Veis cómo no están muertos? Todos en sus sitios. Mirad. Salvo estos dos tumbados en la calle, todos los demás están vivos y se mantienen en sus puestos.

Se acercó cautelosamente a una pila de sillas tras las que se hallaban apostado un hombre y silbó:

—¡Eh, Mac!

Mac no se movió. El *sheriff* se arrastró hacia él, le puso una mano sobre la espalda y la hizo volverse.

El hombre tenía la cara deshecha de un balazo, y en rigor de la muerte seguía sosteniendo aún su rifle igual que si estuviese vivo. La bala había sido tan certera que lo había matado incluso antes de que tuviera tiempo de crispar sus facciones por el dolor.

Más allá, una fila silenciosa de hombres se extendía a lo largo del porche. Todos estaban quietos, como petrificados, con sus rifles en las manos. El *sheriff* fue arrastrándose, fue palpándolos uno a uno y vio con horror que estaban quietos como estatuas. Las balas les habían alcanzado a casi todos en las cabezas o en la parte superior del pecho, y se hallaban colocadas con tal precisión que todas habían sido mortales. Sólo unos cuantos hombres continuaban vivos, un poco más allá, y éstos disparaban como demonios. Pero no se atrevían a moverse de sus refugios y mucho menos a iniciar el asalto.

Mientras no se lanzasen contra aquellas ventanas desde donde disparaba Dale, el cerco no terminaría nunca.

—¿Qué esperáis? —rugió—. ¿A matarle de hambre o de aburrimiento?

Uno de los sitiados se movió, fue a saltar hacia delante, y en ese momento una bala le abrió la cabeza en dos mitades. El *sheriff* lanzó una exclamación de horror.

—¡Pero si es imposible!

Extrajo sus dos revólveres y empezó a disparar como un loco, desde el puesto del caído, mientras gritaba:

—¡Maldita hiena!

La «maldita hiena», entretanto, estaba recargando sus dos revólveres para ir respondiendo otra vez al fuego de sus sitiadores.

Era un tipo de unos veintiocho años, vestido de negro de pies a cabeza, con los cabellos rubios, los ojos muy claros y muy inexpresivos y la boca recta como si encima de la barbilla le hubieran trazado una línea. Mientras introducía rápidamente los plomos en los cilindros, su rostro no reflejaba la menor emoción. Era como si estuviera realizando una tarea monótona, aburrida y fastidiosa. Pero sus ojos, que parecían tan inexpresivos, observaban por un resquicio junto a la ventana cualquier movimiento que se produjera en la calle.

Alguien más se movió al fondo de ella, y Dale Temple disparó. Un hombre alto, moreno, con tipo de indio canadiense, cayó dando volteretas sobre el polvo de la calle.

—¡Vaya! —Silbó Temple—. Esta noche estoy en forma.

Tenía ya sus revólveres completamente recargados. Doce balas de calibre pesado a las que faltaban un buen estuche de carne y hueso. Junto a él, al alcance de su mano, había un rifle «Winchester» de repetición, también completamente cargado.

A su espalda alguien silbó entonces:

—¡Maldita hiena!

—Bueno, ¿tú también?

Detrás de él atada fuertemente a las patas de un diván, estaba una mujer. Esa mujer iba vestida de rojo, de un rojo provocativo, como la sangre. Su piel palpitante asomaba bajo su generoso escote, y sus labios temblaban mientras musitaban lo que podía ser una serie de insultos o una piadosa plegaria. Más fácilmente debía ser lo primero, porque al cabo de unos segundos volvió a repetir:

—¡Maldita hiena!

—¿Qué te pasa? ¿No te estoy tratando bien? —Gruñó Dale—. ¿No estás cómoda ahí instalada en el suelo? ¿Es que acaso tu bella mansión ha sufrido algún desperfecto?

Señaló la pared del fondo, donde docenas de balas, entrando por la ventana, lo habían desconchado todo y amenazaban con agrietar la blanca mampostería.

—¡Eres un cobarde, Dale! ¡Si fueras un hombre de verdad no te habrías refugiado en la casa de una mujer!

—Me he refugiado en la casa que tenía más cerca porque estos tipos no me han dejado elegir. Y si era ésta, ¿qué culpa tengo yo? Y si tú estabas en ella, ¿por qué protestas?

—Sólo te digo que pagarás esto, y que lo pagarás con tu sangre.

—Lo estoy pagando ya, mi dulce amiga. Sé de sobras que no voy a salir de aquí. Y me han obligado a ver lo de esos tres ahorcamientos. Pero calculo que por cada uno de ellos al menos han muerto cuatro hombres. Y no he hecho más que empezar.

La mujer se mordió los labios como si tratara de contener otro insulto dirigido a Dale Temple. Y al fin susurró:

—¿Quiénes eran?

—¿Esas pobres gentes? Una de ellas la prometida de mi hermano. Los otros unos amigos. Les han condenado a muerte por haberme prestado ayuda.

—¿Y por qué han prestado ayuda a una serpiente de cascabel como tú? —preguntó ella.

—Porque estoy vengando a mi hermano y porque mis revólveres son los únicos que en esta tierra representan la verdadera ley. Por eso me han ayudado y por eso han muerto. Pero yo tengo balas para todos, amiga mía, mi dulce cariño. Tengo balas para el juez, para el *sheriff* y para el gobernador de este Estado. Dale Temple morirá, pero no será sin haber regado antes con plomo la piel de todos estos canallas.

Una lluvia de proyectiles penetró entonces a través de la ventana. De la pared del fondo saltaron los últimos restos de yeso y pareció como si la casa entera fuese a hundirse. Las balas restallaron contra los muebles, contra los rincones, contra todo. Pero Dale se limitó a murmurar, con toda tranquilidad:

—Ésos vienen otra vez.

Los sitiadores se lanzaron en masa. Era un solo hombre el que tenían enfrente y confiaban en que no podría matarlos a todos, en que por lo menos algunos llegarían y podrían vaciarle en el cuerpo la carga de sus revólveres. Era un ataque organizado por alguien que había perdido los nervios. Dale susurró:

—¡Cuadrilla de idiotas!

Se descubrió en parte, pero no importaba. Los otros también estaban descubiertos. Con un revólver en cada mano empezó a disparar frenéticamente, sin apuntar casi, como si se tratara de un concurso de rapidez. Los hombres fueron cayendo como peleles delante de sus gatillos. Sólo el juez Cardigan que se había quedado cubriendo el ataque con su fuego, fue más listo que los otros. Vio

descubierto a Dale y tiró una vez, apuntando a la cabeza. Estaba tan nervioso que sólo le rozó un hombro, pero ya fue bastante para que el sitiado cayera dentro de la casa.

—¡Pronto! ¡Ya es vuestro!

Uno de los atacantes penetró, pasando una pierna por el alféizar de la ventana. Quiso disparar y se encontró con la sonrisa de Dale Temple. Se había hablado mucho de la sonrisa de Dale Temple en Nevada, en Idaho, en Utah, en Wyoming. Dale Temple siempre sonreía para matar. «Si a uno le clavas una bala entre las cejas, no hay, encima, que ponerle mala cara», decía a veces. El hombre lanzó un chillido casi femenino, apretó el gatillo sin saber cómo y de repente tuvo la sensación de que su cabeza se abría en pedazos. Fue una sensación rigurosamente auténtica. La bala de Temple, disparada con una mortal precisión, le ahorró toda clase de inquietudes y sufrimientos.

La mujer atada a los pies del diván lanzó también un chillido.

—Calma, hermana. ¿Qué vas a dejar para cuando yo empiece a animarme?

Sin embargo, era evidente que Dale Temple no podría resistir mucho más. Había sido cazado en Wiscondel después de una agotadora galopada a través de casi todo el Estado. Llevaba ya casi cinco horas sitiado allí. Las municiones tocaban a su fin y no podría resistir tampoco la fatiga y el sueño. La suerte de la pelea estaba decidida, y sólo se trataba de saber a cuántos hombres mataría aún antes de que lo colgasen.

La mujer le miraba con ojos obsesionados, pensando que ya nunca más volvería a ver a aquel hombre con vida.

—¿Cuántos años tienes? —musitó con una extraña calma.

—Veintiocho.

—¿Y no temes morir tan joven? ¿No te asusta pensar que dentro de unos instantes estarás colgado de una cuerda?

—Lo único que me preocupa es no haber liquidado antes al juez y al *sheriff*.

—Pero ¿qué clase de fiera eres, Dale Temple? ¿Es que en la vida sólo tienen importancia para ti los revólveres?

—Bueno, los revólveres solo, no —dijo él con expresión que parecía compungida—. Hay otras cosas que también me interesan.

—¿Cuáles? —preguntó ella, temiendo y deseando a la vez que él

contestara: «Las mujeres».

Pero él susurró:

—Los rifles también tienen su importancia.

—¡Eres una hiena, un maldito cobarde!

—Te agradeceré que pongas esto en mi lápida, hermana. Siempre será un recordatorio.

Mientras decía eso, sus ojos desmentían el tono casi jovial de las palabras. Porque aquellos ojos destilaban odio, frío, deseo de matar. Por entre las sombras de la calle sus ojos buscaron los cuerpos odiados del juez o del *sheriff*, que eran los responsables de las tres ejecuciones.

Creyó advertir un movimiento frente a él. Apretó alternativamente los gatillos de sus revólveres, y dos sonoros «tic tac», saltaron al aire. Había terminado sus municiones.

—¡Está perdido! —gritó una voz—. ¡Vamos!

Tres hombres, entre ellos el *sheriff*, se lanzaron hacia adelante. Dale dejó caer los revólveres, tomó el rifle y empezó a disparar con una precisión fría y matemática. Perdió dos balas al tratar de cazar al *sheriff*, porque éste iba detrás de los dos otros atacantes. Al fin los eliminó a éstos, de dos balazos más, y vio que el de la estrella corría como un gamo buscando la protección de unos barriles apilados junto al porche. Dale, con los dientes apretados y una expresión rabiosa en sus ojos, tiró dos veces más. La primera vez falló, y con su última bala alcanzó al *sheriff* en la mandíbula y le voló la mitad de la cabeza.

Ahora sus ojos inexpresivos sí que tenían la luz que deben tener los ojos de las fieras acorraladas. Miró a su alrededor buscando más municiones, palpó sus cintos canana por si aún quedaba algún plomo en ellos, y al fin lanzó un suspiro de desaliento.

Estaba perdido.

Poco a poco retrocedió hasta la mujer. Ahora, después de la muerte del *sheriff*, todo era silencio en la calle. La habitación se había llenado de la respiración temblorosa y ardiente de la muchacha.

Ella musitó:

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Estrangularme? ¿Piensas terminar tu carrera de este modo?

—Voy a hacer una cosa mucho más sencilla. Voy a besarte.

La besó. Ella se mantuvo quieta, rígida. Sus labios glaciales parecían tallados en mármol.

—Con esto me despido de la vida —susurró Dale Temple—. Buena despedida. Gracias, muchacha.

Extrajo del bolsillo superior de su camisa una pastilla de tabaco, mascó un poco y se dispuso a triturarlo con sus dientes, mientras esperaba a que viniesen. Pero ni a eso se atrevían los sitiadores creyendo que se trataba de una trampa. El silencio era ahora tan absoluto que sobrecogía el ánimo. Dale contempló los ojos de la muchacha que le miraban con asombro, y sus labios temblorosos, que parecían pedir nuevamente una caricia. Y mascando tabaco, salió lentamente a la calle, donde le aguardaba la muerte.

CAPÍTULO III

Fue el juez Cardigan el primero que se lanzó hacia adelante. Tenía los labios apretados, las facciones contraídas y en su derecha empuñaba un «Colt» último modelo.

Dale, sin pestañear, lo vio avanzar hacia él. Sabía que aquel «Colt» era la ley del juez Cardigan, y que el primer balazo iría recto a la cabeza. Con una sonrisa sardónica, el joven gruñó:

—¿No te parece más divertida la cuerda, perro tiñoso? ¿Tanto miedo me tienes que me vas a acabar así?

El juez Cardigan babeaba de placer. Fue a disparar acercándose un poco más, y en ese momento tropezó con el cuerpo caído del *sheriff* Butler y él mismo se vino a tierra, lanzando una maldición. La bala salió desviada, sin rozar a Dale.

Éste vio el revólver del juez al alcance de su mano y se inclinó con una velocidad fantástica, pensando aún en una remota posibilidad de salvación. Pero uno de los agentes le encañonó con su rifle, que llevaba apoyado en el brazo.

—Quieto, Dale.

Dale no elevó los brazos sino que se limitó a introducir la derecha en el bolsillo de su camisa, extraer otra vez la pastilla de tabaco y seguir masticando con la expresión impasible del que espera en el saloon a que le sirvan una jarra de cerveza.

El juez Cardigan se levantó y empezó a abofetearle. Tenía una mano pequeña y grasienta que hacía «clac», «clac», a cada bofetada. Pero era al mismo tiempo una mano fastidiosa y dura. Dale, que tenía los pulgares apoyados en su cinturón canana, y se cansó al fin, masticó una buena bola de tabaco y la escupió con rapidez a los ojos de Cardigan. Éste se tapó la cara, maldiciendo, y Dale le propinó un fantástico
uno-dos
al mentón que le hizo caer al suelo aullando y retorciéndose porque

el golpe había sido bien estudiado para que causara dolor, pero sin llegar a hacerle perder el conocimiento. Dale remató su obra con un puntapié en los riñones del juez, esperando al mismo tiempo que alguien fuera tan piadoso como para enviarle una bala a la cabeza, antes de que lo ahorcaran. Pero nadie fue lo bastante bondadoso o lo bastante valiente para apretar el gatillo. Dale Temple se sintió sujeto por varias manos a la vez mientras el juez se levantaba poco a poco. Alguien le puso una soga al cuello y empezó a golpearle los riñones con la rodilla.

El juez Cardigan se levantó del todo. La sangre goteaba poco a poco desde sus destrozados labios.

—¿Qué ha sido de la señorita Mónica Thompson? —aulló.

—Estaba más sana que usted, juez. ¡Y tiene los labios más bonitos!

—¿Te has atrevido a…?

—Me he atrevido a besarla. ¿No está usted rabiando por hacer lo mismo?

Cardigan volvió a golpearle, pero esta vez con el puño cerrado. No era un hombre flojo, a pesar de su aspecto bilioso y enfermizo. La cabeza de Dale empezó a ir de un lado a otro, machacada por los golpes.

Alegría Jones, el empresario de pompas fúnebres, se acercó con el caminar lento del que va detrás de un entierro.

—¿Lo ahorcamos, juez? ¿A qué vamos a esperar ahora?

—¡Claro que vamos a ahorcarle! ¡Desata a la señorita Thompson! ¡Y llama también al verdugo!

Alegría Jones se retiró dando saltitos para ir al local desvencijado donde Mónica Thompson, una de las mujeres de más porvenir, según había dicho el juez, atada de pies y manos, esperaba a que alguien se acordase de libertarla.

—¿Te ha besado, eh? —susurró Alegría Jones, con los ojos brillantes como bengalas.

—¡Quítame de encima tus sucias manos!

—¡Pero si yo sólo quiero desatarte!

Mónica, que ya tenía libre un pie, lo clavó en el estómago de Alegría Jones, que cayó hacia atrás lanzando gemidos femeninos.

—Termina de desatarme y no muevas los dedos una pulgada más de lo necesario, ¿entendido?

—¡Hum! Entendido.

Cuando salieron al exterior, a Alegría Jones aún le dolía el estómago, y Mónica Thompson tenía los puños apretados y los ojos llameantes de furia. Esos ojos llamearon aún más cuando vio a Dale Temple, que estaba ya con la soga al cuello y junto al árbol donde había de ser ahorcado.

—¿A qué esperáis? —gritó ella—. Ese hombre debe estar muerto para cuando pasen por aquí los de la recogida de basuras.

—Muy caritativa, hermana —gruñó Dale.

—¡Se ha atrevido a besarme! ¡Se ha atrevido a insultarme con sus sucios labios!

—Hija mía, si es así me temo que toda la población esté pensando en insultarte —dijo tranquilamente Dale.

Ahora fue Mónica la que le golpeó. Estaba rabiosa porque Dale había ofendido su orgullo de mujer, y en este momento no había en su cráneo más pensamiento que el de verle ahorcado cuanto antes. Dale, que aún tenía las manos libres, la sujetó bajo los brazos, la levantó y la volvió a besar en la boca, pese a los desesperados esfuerzos de ella, y luego la arrojó de un seco empujón contra la pila de espectadores.

Éstos lanzaron un grito mitad de espanto, mitad de entusiasmo. El verdugo se aproximó entonces a Dale.

—Más valdrá que tú mismo te dejes atar las manos —masculló —. De lo contrario vas a sufrir.

Llevaba en la derecha dos tiras de grueso alambre de espino. Dale comprendió que antes de colgarle le propinarían con ellas una serie de latigazos, pero este pensamiento fue desvanecido instantáneamente ante la idea de que debía ser aquel tipo el que había consumado las tres anteriores ejecuciones.

Sonrió siniestramente y en su cara juvenil apareció una mueca que casi la deformaba.

—Tú eres el que antes nos ha dado el espectáculo ¿no?

—Sí, yo he sido. Se me considera el verdugo oficial de estos contornos. ¿Tienes algo que objetar?

—Sí. Esto.

Movió su puño derecho contra la sien del verdugo con toda la fuerza de que fue capaz.

Con toda su fuerza y todo su deseo de matar. La soga se le ciñó

más al cuello, al tratar de adelantarse. El verdugo recibió el impacto en medio de la sien izquierda, y todo su cráneo pareció estallar. Pero aun así, ¿habría podido salvarse, caso de tener la suerte de caer enseguida?

No cayó. Quiso sostenerse en pie, y eso dio tiempo a Dale para propinarle un segundo golpe.

La otra sien pareció estallar también. El verdugo vaciló sobre sus rodillas, dio media vuelta, a punto de caer de bruces, y Dale, con los dos puños enlazados, le propinó un terrible golpe en la nuca.

El hombre cayó fulminado. Ni siquiera tuvo tiempo de gemir. Y quedó tan arrugado y crispado en el suelo, que todos comprendieron inmediatamente que había muerto.

El juez Cardigan no disparó contra el condenado. En el fondo le divertía todo aquello. Tenía a Dale Temple tan seguro así, con la soga al cuello y rodeado de hombres, que tirarían de la cuerda a la menor señal, que todo aquello no hacía más que elevar el tono del espectáculo. El juez estaba pasando una de las noches más agradables de su vida. Se limitó a hacer con la cabeza una señal de aprobación y uno de los que estaban detrás de Dale le propinó un culatazo en el cráneo. Dale vaciló, y la soga estuvo a punto de ahorcarle. Pero en el último segundo logró mantenerse en pie.

—Podemos hacer más divertido el espectáculo —dijo Cardigan, con una sonrisa cruel—. Ya que el verdugo ha muerto, ¿quién quiere tirar de la cuerda?

Varios hombres a quienes interesaba el estar bien con el juez se adelantaron al unísono. Y también se adelantó Mónica Thompson, cuyos ojos seguían llameando.

—Demasiados —dijo Cardigan—. Demasiados. Ya sabéis lo que ocurre con estas cosas. Habrá sido un honor el colgar a Dale Temple, y dentro de varios años el que haya tirado de esta cuerda podrá vanagloriarse de haber sido el hombre que colgó al pistolero más peligroso de Idaho y Nevada. Creo que una cosa así debe pagarse.

—¿Qué quiere decir, juez? —preguntó Mónica.

—Sencillamente, que ese honor debe ser sacado a subasta.

—¿Pretende vender el derecho a ahorcarme? —rugió Dale.

—¡Sujetadle!

A pesar de sus esfuerzos, las manos de Dale Temple fueron

fuertemente atadas a su espalda.

—Yo hago lo que me parece —gruño el juez acercándose a él de tal modo que le arrojó partículas de saliva a la cara—. Tu ejecución tiene que hacer historia. Y si no estás conforme con lo que ocurre escríbele una carta al presidente de Estados Unidos.

Dale tenía las piernas libres aún, pero comprendió que no valía la pena moverlas. Lo mejor que podía hacer ahora era arrepentirse de sus pecados, que no eran pocos, y tratar de pensar que por encima de aquel árbol maldito del que pronto colgaría, existía un cielo al cual no iban a llegar las manos del juez Cardigan.

—Haga lo que quiera —gruñó.

—Muy bien. Eso es ponerse en razón. —Y volviéndose hacia la muchedumbre gritó—: ¿Quién quiere tener el derecho y el placer de colgar a este hombre? ¿Qué ofrecéis por ello, cuadrilla de avaros? ¿Cuánto vale, según nosotros, el honor de poder decir que fue uno mismo el que ahorcó a Dale Temple?

—¡Cinco dólares! —Gruñó un alguacil.

—¡Vas a estar cinco días sin sueldo, granuja!

—Diez dólares —gritó otra voz.

Dale Temple tenía los ojos cerrados y trataba de no pensar en nada de lo que ocurría. Su único deseo, además de no ver, hubiera sido el de no oír absolutamente nada. Pero la voz de Cardigan, a su lado, continuaba sonando como un sonsonete:

—¿Nadie ofrece más?

—¡Cien dólares!

La inesperada oferta había partido de la delicada garganta femenina de Mónica Thompson.

—¿Tanto le amas que hasta deseas matarle? —preguntó sardónicamente el juez.

—¡Doscientos dólares! —gritó un ranchero barbudo, cuyas declaraciones de amor había rechazado Mónica por lo menos cinco veces.

—¡Trescientos! —gritó la muchacha.

—¡Cuatrocientos!

Las facciones del juez brillaban de excitación. Jamás en su vida se había divertido tanto.

—¿Quién da más?

—¡Quinientos! —gritó en nombre de su marido una dama de la

Liga de la Decencia, a la que la belleza de Mónica le hacía lanzar maldiciones cada vez que se sentaba al tocador.

—¡Seiscientos!

Los nervios de Dale estaban ya a punto de estallar. Pensó emplear los pies que aún tenía libres y morir peleando. Pero en este momento la voz de Mónica ofreció:

—¡Mil dólares!

—¡Ofrecen mil dólares! —gritó el juez—. ¿Nadie va a pujar? ¡Mil dólares a la una! ¡Mil dólares a las…!

—¡Mil quinientos dólares!

—¡Mil quinientos dólares a la una, a las dos y…!

Cuando iba a pronunciar la palabra tres, una voz a su espalda susurró:

—Cinco mil dólares.

Todos se volvieron con cara de asombro. La que había ofrecido aquella cifra era una mujer.

CAPÍTULO IV

Momento antes, por la polvorienta ruta que conducía a Wiscondel, un carruaje escoltado por cuatro jinetes, devoraba millas en dirección a la ciudad.

Los cuatro jinetes iban poderosamente armados y el carruaje no era uno cualquiera de los que cada día recorrían aquella ruta en dirección a Nevada. Éste debía haber sido construido en el Este, por manos muy finas, y parecía hecho casi exclusivamente para pasear por las calles elegantes de Nueva York o Filadelfia.

Dentro, los asientos eran de seda, y en ellos se encontraban instalados un hombre y una mujer.

El hombre debía tener unos cuarenta años, era fuerte y algo grueso, de manos recias y cabellos negros.

Una pesada cadena de oro cruzaba su chaleco de parte a parte, y en una funda axilar llevaba un pequeño revólver de plata que más bien parecía una joya, y del que no se separaba nunca. Gruesos anillos adornaban sus dedos.

Pero ese hombre era un ser insignificante y casi despreciable al lado de la mujer que le acompañaba.

Ésta debía tener unos veintiún años y era de una belleza agresiva, exuberante, opulenta. Llevaba un ceñido vestido negro y una piel blanca sobre los limpios hombros desnudos, exactamente igual que si acabara de salir de una función de gala de un teatro. Sus cabellos negros estaban recogidos por una diadema de diamantes. Sus labios rojos y gruesos se entreabrían como si murmurase palabras para sí misma. Y su escote subía y bajaba agitadamente al compás de cada respiración.

El hombre que iba junto a ella se inclinó un poco de costado y trató de besarla.

—Déjame.

—Pero, Irene, ¿qué te ocurre? Vamos a casarnos dentro de pocos

días.

—Perdóname, Edward, pero es que estoy nerviosa. Hace seis años que no veía estas tierras, que no volvía a mi ciudad natal.

—¡Bonitas tierras y bonita ciudad! —dijo el hombre, lanzando una mirada a través de la ventanilla, sobre el paisaje desolado y silencioso de la pradera—. Unos ranchos solitarios, unos poblachos sin civilizar y una «ciudad» donde tú has nacido y que sólo tiene dos calles y quinientos habitantes. Pienso que he de estar muy loco por ti, para haber accedido a casarnos en ella.

—Tengo muchos recuerdos de ese lugar —dijo ella con cierta dulzura—. En cambio las ciudades del Este, que a ti tanto te gustan, me hubieran producido una impresión desoladora y amarga. A ninguna mujer le agrada morir ni casarse en una tierra extraña.

—Parece como si tu matrimonio y tu muerte fuesen una misma cosa.

—¡Oh, perdóname! —susurró ella sin ninguna convicción, pero acentuando el tono dulce de su voz.

—¡Está bien, está bien! Dame un beso.

Ella se lo dio, o por mejor decir dejó que él se lo diera con sus labios ansiosos.

—¡Debiéramos casarnos aquí mismo! —Gruñó el hombre—. ¡Estamos perdiendo el tiempo por culpa de tus estúpidas manías!

—Cuando una mujer va a casarse o cuando una mujer va a morir, sus manías deben respetarse —dijo ella tercamente.

—Si no fueras tan hermosa te cruzaría la cara.

—Algún día no lo seré, Edward. Algún día no seré tan hermosa. ¿Cuántas veces me cruzarás la cara entonces? ¿Crees que mi hermosura y tu pasión son bases suficientes para ir a un matrimonio que ha de durar toda la vida?

—¡Bah, no pensemos en esas cosas ahora! No son más que idioteces. A mí me interesa tu hermosura, que no tiene igual en las mujeres de esta tierra, y a ti te interesa mi posición social. Como mi posición social va a durar mucho, ya te encargarás tú de que tu hermosura dure también.

Llegaban en aquel momento a las inmediaciones de un rancho aislado en la llanura. Dos jinetes silenciosos como sombras, rifle en mano, aguardaban en el camino.

Su presencia no intranquilizó al conductor, que ya parecía

esperar aquel encuentro.

El carruaje se detuvo poco a poco, entre ruidos de ballestas y relinchos de caballos, y el hombre que iba en su interior asomó la cabeza por una de las ventanillas.

—¿Qué ocurre, Joe? —preguntó, mientras su derecha descansaba sobre la culata del revólver.

—Nada, señor. Son los dos que usted esperaba encontrar cerca de rancho Burley.

—Está bien. No dejes de encañonarlos. Hay que asegurarse bien de que son ellos.

—Usted manda, señor.

El hombre fue a salir del carruaje. La mujer que iba a su lado, desperezándose con un movimiento de gata que salió así en contra de su voluntad, le cortó el paso con su cuerpo.

—¿Qué sucede Edward?

—Dos hombres que están aguardando para darme un mensaje. Es cuestión de quince minutos. No te intranquilices.

—Yo creí que habíamos venido a Wiscondel para casarnos, Edward.

—¡Oh, claro que sí, pequeña! Pero casado o soltero, sigo teniendo obligaciones que atender. Esos dos hombres han de darme un mensaje muy importante y debo detenerme.

—¿Por qué no te acompañan a Wiscondel? Estamos solo a cinco minutos al galope de allí.

—Vete tú si quieres —dijo el hombre con cierta acritud—, y espérame en el hotel. Incluso será mejor que lo hagas así. Aparte de resultarte más cómodo, no me gusta que las mujeres intervengan en mis asuntos.

—Si no te ofendes iré hasta Wiscondel y me hospedaré en el hotel —dijo ella—. Estoy muy cansada del viaje, y sinceramente, tengo ganas de llegar allí.

—De acuerdo. Vete. Yo no tardaré ni siquiera media hora.

Tiró de la mujer hacia sí con tanta brusquedad que incluso le desgarró un poco el vestido, y la besó en los labios. Ella no se resistió, pero su boca estaba quieta como la de una muerta.

El hombre descendió y vio a los dos jinetes a un lado de la ruta, tan quietos que parecían estatuas. Sus rifles cruzados sobre las sillas, brillaban a la luz incierta de la luna.

—Hola, Maikel —dijo el hombre—. Hola, Jim.

—Buenas noches, señor.

—¿Todo bien?

—Todo bien, señor.

Maikel y Jim tenían un aspecto muy poco tranquilizador, y al moverse les dio la luz lunar en la cara y se vio que sus ojos eran pequeños y que sus bocas estaban contraídas en una mueca sardónica. Jim llevaba entre los labios un cigarrillo a medio consumir, y de un escupitajo lo arrojó al suelo.

—Viene usted muy bien acompañado, señor.

Habían visto a Irene a través de la ventanilla del carruaje.

El hombre llevó otra vez su derecha hacia el revólver y gruñó:

—Vengo como me da la gana.

—Está bien, señor. ¡No se ofenda!

Los caballos reemprendieron la marcha en este momento, y la mujer asomó la cabeza por la ventanilla e hizo un gesto de saludo a su prometido. Éste se la quedó mirando con las facciones un poco contraídas, hasta que el carruaje se perdió en la distancia.

La mujer que iba en su interior echó la cabeza hacia atrás, sobre el respaldo, cerró los ojos y trató de pensar en aquella ciudad que ahora iba a ver de nuevo, en aquella tierra de la que faltaba desde seis años atrás y que ahora iba a ser escenario de su boda. Trató de pensar en su vieja casa, en las gentes a las que había conocido, en todo lo que fue su vida hasta que aquello sucedió. Trató de imaginar cómo sería ahora Wiscondel, y si habría cambiado mucho. Su rostro se cubrió ahora de una añoranza dulce, triste, que lo hacía mucho más hermoso aún.

La calle principal de Wiscondel apareció ante sus ojos casi de repente, al tomar una curva. Dos hileras desdibujadas de luces señalaban sus límites, y casi a la entrada se hallaba el anuncio del saloon de La Alegre Bel. Aparentemente nada había cambiado en todo aquel tiempo. Irene golpeó suavemente en el cristal para que el conductor se detuviera. El carruaje se inmovilizó segundos después, otra vez entre un agudo chirrido de ballestas.

—¿Qué ocurre, señorita?

—Déjeme aquí y vaya hasta el hotel con los equipajes. Quisiera entrar a pie en mi vieja ciudad.

Se apeó, e instantes después los caballos volvían a trotar a lo

largo de la calle. Irene, en silencio, con los ojos casi cerrados porque quería recordar todo aquello tal como lo viera por última vez, fue avanzando poco a poco. Dobló una esquina yendo hacia la segunda calle de Wiscondel, y entonces una serie de extraños gritos llegaron a sus oídos.

—¡Cuatrocientos dólares!

—¡Seiscientos!

—¡Mil dólares!

Ella abrió mucho los ojos y vio la extraña escena. El hombre que estaba junto al árbol, con la soga al cuello, el grupo que le rodeaba, el juez Cardigan, que dirigía aquella macabra subasta, y los hombres y mujeres que pujaban por tener el dudoso honor de colgar al condenado. Irene tuvo un estremecimiento, y de repente, alguien gritó:

—¡Mil quinientos dólares!

—Mil quinientos dólares a la una… —grito el juez—. Mil quinientos dólares a las dos…

Y fue entonces cuando Irene ofreció:

—Cinco mil dólares.

Todos los rostros se volvieron hacia ella. Se levantó de entre el grupo que rodeaba al condenado un murmullo de general asombro. El juez Cardigan se quitó el sombrero de copa, que alguien le había devuelto después de la pelea, y abrió mucho la boca para decir:

—¡Pero si es la señorita Irene Thompson, la prometida oficial del gobernador de este Estado!

Irene se acercó poco a poco.

—Hola, Mónica —dijo mirando a su hermana.

—¡Me alegro de que hayas venido, Irene! ¡Me alegro de que seas tú quien cuelgue a este salvaje!

—Supongo que la subasta tenía por objeto determinar el que tira de la cuerda, ¿no es así?

—Exactamente —dijo el juez Cardigan haciendo una reverencia —. Mediante el pago de cinco mil dólares que serán… ¡ejem!… destinados a fines benéficos, tendrá usted el honor de ser la que tire de la cuerda. Naturalmente la ayudaremos, pero si quiere hacerlo usted sola y la ejecución dura más no se preocupe. Será mucho más divertido.

Irene miró por primera vez al condenado, y por primera vez

después de seis años, notó clavada en su rostro la mirada de aquel hombre.

No había cambiado nada. O quizá sí, quizá habían cambiado sus ojos que eran más duros y crueles, y sus músculos que eran más potentes. Pero hubiera reconocido a Dale Temple entre un millón de hombres que hubieran pasado ante ella al galope. Hubiera reconocido sobre todo, su mirar, sus cabellos semirubios, sus labios de los que tantas cosas sabía. Verlo allí cuando en realidad lo creía a centenares de millas de distancia, produjo como una conmoción a la muchacha, y tuvo que hacer esfuerzos para disimular su palidez. Pero al fin sonrió con aquel aire desenvuelto y aristocrático que había adquirido en las ciudades del Este. Se acercó a Dale Temple y le envolvió en aquel halo incitante y perfumado que parecía brotar de su piel.

—Habíamos estado mucho tiempo sin vernos —susurró—. Mucho tiempo, Dale.

—Señorita Thompson, ¿quiere usted que comience la ejecución? —preguntó el juez quién empezaba ya a sentir impaciencia por ver colgado a aquel hombre.

—Un momento. No tanta prisa, Cardigan.

—¿Cómo es que ha venido sola? —De repente Cardigan parecía haber reparado en aquello—. ¿Dónde se encuentra su prometido, el señor gobernador? ¿Es que ha ocurrido algo?

—No; mi prometido vendrá inmediatamente. Ha tenido que resolver unos asuntos en el camino y yo me he adelantado.

—En tal caso convendrá que colguemos enseguida a Dale Temple, para que al entrar en la ciudad note al primer golpe de vista que aquí sabemos hacer justicia.

Irene desvió la mirada para no sentir clavados en los suyos aquellos ojos crueles, inquisitivos, de Dale Temple.

—Al contrario —susurró—. A mi prometido le complacerá saber que en esta ciudad se cumplen todas las prescripciones legales antes de condenar a un hombre. Por otra parte, es posible que quiera hablar con él antes de que lo cuelguen. Llévenlo al hotel.

—Pero ¿qué dice? —bramó el juez Cardigan—. ¿No se da cuenta de que este tipo es un vulgar pistolero?

—Es el hermano de Richard Temple, que presentó su candidatura también para gobernador de este Estado. Por esta causa

me parece muy posible que mi prometido quiera hablar con él.

—Pero…

Irene Thompson extrajo de su bolso cinco billetes de mil dólares, y lenta y ominosamente los dejó caer a los pies del juez Cardigan.

—He pagado, ¿no? He comprado el derecho de ahorcar a un hombre cuando me plazca y donde me plazca. Por otra parte soy la prometida del gobernador. ¿Necesita algún detalle más, juez Cardigan?

—¡Lo único que yo necesito es ver a ese hombre ahorcado! ¡Y cuanto antes!

Dale Temple abrió la boca entonces por primera vez y fue para decir sencillamente:

—En el bolsillo superior de mi camisa tengo yo otros quinientos dólares. Los doy con tal de que me cuelguen pronto.

Irene sintió algo que quizá no había sentido nunca. Apretó los dientes, movió el brazo derecho y propinó con todas sus fuerzas dos secas bofetadas en el rostro del condenado.

Este susurro:

—Gracias. Hacía tiempo que no me lavaban la cara.

—¡Llevadlo al hotel! ¡Estará debidamente vigilado!

El juez Cardigan se precipitó a tirar de la soga. Irene le inmovilizó con su voz fría, cortante, que parecía la voz de una reina.

—Tendrá que lamentarlo si avanza un paso más.

Cardigan se detuvo. Había algo en la voz de la mujer que incitaba a la obediencia. Hizo un gesto a tres de los agentes que habían ayudado a apresar a Dale y ordenó:

—Vosotros seréis responsables de lo que este hombre haga. No le quitaréis ojo de encima mientras permanezca, en el hotel. En los alrededores de éste montaré también una guardia especial para que no pueda escapar.

De dos secos tirones arrancó la soga del cuello de Dale. Sus ligaduras, que le mantenían las manos unidas a la espalda, fueron sustituidas por dos argollas de hierro cuya llave se guardó el juez. Empujado por varios revólveres y vapuleado por varias botas, fue conducido hasta el cercano hotel, cuyo dueño ya estaba en la puerta e hizo mil reverencias al ver a Irene Thompson.

—Usted y su señor prometido tiene destinado todo el primer

piso, señorita. Habitaciones especiales, las mejores que hay en la casa. Pero y a ése, ¿dónde lo metemos?

—Puesto que ha de morir esta misma noche, no es necesario que guardemos con él excesivas contemplaciones —dijo duramente la mujer—. Llévenlo a cualquier salón y que esos tres no le quiten el ojo de encima, como ha ordenado el juez.

El salón al que llevaron a Dale Temple, era en realidad una habitación casi destartalada, como todo en aquel hotel.

Fue empujado sobre una butaca, y la mujer empezó a quitarse lentamente los guantes ante él.

—Vosotros retiraros al otro lado de la puerta —silbó mirando a los tres agentes—. Podréis verle, pero no me interesa que oigáis la conversación.

Los agentes obedecieron. En realidad era muy difícil no obedecer aquella mujer. Se retiraron al otro lado de la puerta, pero no cerraron, y desde allí contemplaron a Dale con mirada recelosa. La mirada de Dale, entretanto, recorría poco a poco el cuerpo de la mujer. Ella se estremeció.

—¿Qué miras?

—Te miro a ti. Y puedo asegurarte que es un gran espectáculo.

—No has cambiado nada, Dale Temple. Tienes los mismos ojos de granuja que has tenido toda tu vida. No me gusta que me mires así por dos razones: porque me fastidia y porque pertenezco ya a otro hombre. Voy a casarme pasado mañana con Edward Kaufer gobernador de este Estado. Me convertiré en la primera dama de esta tierra, y mi hermana Mónica tendrá a mi lado el brillante porvenir que merece. Pero todo esto —rió mientras dejaba caer la piel al suelo—, son insignificancias que a ti no te interesan. Lo único que a ti te importa es que en estos momentos te está comiendo la rabia porque ha tenido que salvarte la vida una mujer.

La mirada de Dale fue más elocuente que todas las palabras.

—¿He cambiado? —susurró ella, dando media vuelta como una maniquí que luce un modelo de lujo.

—Tú siempre fuiste la mujer más hermosa del Oeste, Irene. La misma que eres ahora. No necesitas cambiar.

—¿De verdad pensabas hace seis años que yo era la mujer más hermosa de todo el Oeste, Dale?

—De verdad.

—No lo parecía.

Se sentó en una butaca frente a él, cruzó las piernas y le miró inquisitivamente a través de sus largas pestañas negras.

—La última noche de tu vida la dedicaremos a cosas más agradables, Dale. Por ejemplo a recordar. ¡Qué buen muchacho eras en aquel tiempo, Dale! No merecías la muerte más allá de una vez por semana, mientras que ahora debes merecerla una vez cada día. Me gusta recordar aquellos tiempos, cuando los dos éramos jóvenes y teníamos fe en la vida. ¿Tú has tenido fe en la vida alguna vez, Dale, perro miserable?

—¿Por qué juegas conmigo? —pregunto él escupiendo las palabras—. ¿Qué es lo que buscas, Irene?

—¿Y tú qué haces en esta tierra? Te creía a muchas millas de distancia en los hormigueros de asesinos que hay en Nevada.

—¿No sabes que asesinaron a mi hermano?

—Lo oí decir.

—Y esta noche han sido ahorcadas su prometida y dos hombres por el solo delito de prestarme ayuda. He matado ya al *sheriff* y mataré también al juez Cardigan si tú no me eliminas antes. Te aconsejo que lo hagas enseguida para que no me vea tu flamante prometido.

—De acuerdo, Dale. ¿Por qué imaginas que te he salvado de morir en la horca?

—Para matarme tú misma.

—Exacto. Claro que podía haberte matado tirando yo de la cuerda. Pero aquello era tan poco delicado… ¿No resulta mucho más fino que te clave una bala en el corazón, cariño?

—Sé que me odias, Irene. Sé que lo harás y de antemano te digo que tienes razón. Puedes disparar cuando quieras si al empuñar el revólver no se quiebran tus uñas de cortesana.

La mujer sintió que temblaba su mandíbula inferir, y se sorprendió al oír en el silencio de la habitación el chasquido de sus propios dientes.

—¡Pronto, un revólver!

Uno de los tres hombres que estaba en la puerta, a cierta distancia, se lo lanzó, y ella, con los ojos brillantes por el odio, lo cogió al vuelo y lo volvió contra Dale Temple.

CAPÍTULO V

El revólver temblaba entre los dedos de la mujer, pero aun así adivinaba que sabría colocar una bala allí donde le conviniese. Dale le miró sin pestañear, y los tres hombres que había en la puerta empezaron a reír. Les divertía que una mujer tan hermosa saltara la cabeza de un hombre como Temple.

Pero sus facciones quedaron lívidas cuando Irene, en lugar de disparar contra Dale Temple, volvió hacia ellos el cañón del mismo revólver que acababan de prestarle.

—¡Arriba las manos, idiotas! —masculló.

Los tres hombres no supieron qué hacer en el primer momento, y sólo cuando hubieron transcurrido unos treinta segundos lograron barbotar palabras coherentes.

—Pero ¿qué es esto? —rugió uno de ellos.

—¡Esto es una prueba de vuestra estupidez! —dijo Irene Thompson con la más encantadora de las sonrisas—. No tenía revólver y vosotros me lo habéis proporcionado. Soltad vuestra artillería o empezaré a disparar dentro de unos segundos.

Dos de los hombres se llevaron las manos a las hebillas de los cintos cananas y empezaron a desabrocharlos, sin que el asombro les dejara todavía cerrar la boca. El tercero, queriendo provechar un momento de distracción de la muchacha, llevó una mano hacia el revólver. Irene, sin dejar de sonreír, hizo fuego una sola vez y la bala penetró entre los ojos desorbitados del hombre.

Los cintos de los otros dos cayeron al suelo rápidamente, con un sonido metálico.

Irene Thompson se volvió entonces hacia Dale, que por primera vez en su vida estaba desorientado y sin saber qué pensar.

—Lárgate —susurró.

—Si crees que voy a aceptar la salvación de manos de una mujer, te aseguro que…

—¡Lárgate te he dicho!

Los dos tipos que quedaron vivos en la puerta echaron entonces a correr. En el hotel se había producido un tumulto, a causa del disparo, aun cuando nadie había entrado en la habitación. Irene, haciendo voltear el revólver sobre su dedo índice, murmuró:

—Esos dos tipos irán a decir a Edward lo que ha ocurrido. Tú no querrás que Edward se entere de lo que yo he hecho, ¿verdad?

Dale, en silencio, se puso en pie, se volvió de espaldas y tendió todo lo que pudo hacia la mujer sus manos esposadas.

—Pronto, una bala.

La mujer disparó dos veces, con una extraordinaria precisión, sobre el eslabón que unía las dos argollas. Éste saltó con un chasquido, y luego Irene volteó otra vez el revólver para que él lo sujetara en el aire.

—Quedan todavía tres balas, amor. Espero que con ellas puedas abrirte camino hasta llegar al infierno, que es donde tienes tu puesto.

Dale la miró intensamente durante unos segundos. Y entonces, ella musitó:

—Sé que me matarás por eso, Dale. Los hombres como tú no soportan que una mujer les haya salvado la vida.

Él le dirigió una última y relampagueante mirada, dio media vuelta, y sin abrir la boca, saltó hacia una de las ventanas de la habitación rompiéndola con su cuerpo. En el instante en que caía sobre la parte superior del porche, dos hombres entraron tumultuosamente en la habitación donde se encontraba Irene Thompson.

—¿Qué ocurrió aquí? —gritó uno de ellos.

Irene había sacado en este momento una polvera de su bolso y se retocaba suavemente las mejillas.

—Ese salvaje, que consiguió huir. Si no acordonamos pronto la ciudad es capaz de hacer un estropicio. ¡Oh! ¿Por qué habré venido yo a esta tierra donde una no puede estar tranquila?

Los dos hombres entraron inmediatamente en acción. Uno de ellos saltó por la misma ventana que había utilizado Dale, y el otro corrió hacia el cadáver cruzando ante la puerta.

En casi toda la población se había oído el fragor de los disparos. Nuevamente se habían puesto en guardia los agentes del *sheriff* que

quedaban vivos y los hombres de la milicia. Dale, con el revólver en la funda derecha, corrió en busca de los dos fugitivos, tras dejarse caer por el costado del porche. Conocía la población lo bastante bien para saber que los dos hombres habrían intentado escabullirse por la parte trasera del hotel, yendo luego a la calle principal, donde podrían recibir ayuda. Dale Temple se cruzó en su camino, pero en el callejón oscuro que se formaba detrás del hotel no vio a nadie; estaba desorientado pensando dónde podrían haberse ocultado, cuando alguien se lanzó sobre él por la espalda y trató de clavarle un «Bowie» entre las costillas, a la altura del corazón. A Dale le advirtió tan sólo el ronco jadear de su enemigo. Se ladeó mientras el cuchillo rasgaba el aire, y la hoja solamente le partió la camisa y le produjo un ligero rasguño en la espalda, suficiente, no obstante, para hacerle estremecer de dolor. Dio un salto de costado y una nueva cuchillada le rozó, esta vez produciéndole una línea sangrienta en el pecho, a la altura del corazón.

Cuando intentaba retroceder para ponerse a cubierto, un nuevo enemigo salió de entre las sombras y saltó hacia él.

Éste no iba armado, pero valiéndose de la momentánea desorientación de Dale logró tirar del revólver que llevaba éste en la funda. El ataque había sido tan repentino, y además por la espalda, que el joven no pudo evitarlo. Sólo tuvo tiempo de lanzarse sobre su enemigo antes de que éste disparara. Consiguió su objetivo sólo medias, porque la bala restalló en el aire, sin alcanzarle. Rodaron los dos por el suelo, estrechamente abrazados mientras el del cuchillo se aproximaba otra vez.

Dale vio fugazmente a Irene, asomada a una de las ventanas del hotel. Comprendió que la vida de la muchacha dependía de que él saliera victorioso, y sujetó con todas sus fuerzas la mano con que su enemigo empuñaba el revólver. Cuando el del cuchillo se inclinaba ya para asestar el golpe, Dale propinó un salvaje empujón al que tenía encima y lo lanzó sobre su compañero. Rodaron los dos sobre el suelo, pero sin recibir daño alguno, mientras Dale se ponía en pie.

Dio un fantástico salto y se lanzó de cabeza contra una puerta que había a su izquierda, y que daba entrada a las cuadras del hotel. La puerta cedió y él cayó rodando sobre la paja, entre las patas de los caballos. Logró desatar a uno de ellos, y en ese

momento sus enemigos entraron tras él.

No le vieron en el primer momento, porque sólo un lejano farol alumbraba la escena. Dale saltó por entre las patas de los animales y se arrojó por sorpresa contra sus dos adversarios. Éstos rodaron con él en confuso montón, mientras un nuevo disparo hacía estremecer el aire.

El ruido de voces y de pisadas en el exterior estaba cada vez más próximo.

Dale recibió una cuchillada en el hombro, aunque no fue demasiado profunda. Se estremeció, y con los dientes apretados, ciego de rabia, golpeó dos veces el cuello de su enemigo más inmediato que era el del revólver. Éste se retorció y el arma cayó al suelo. Cuando Dale iba a recogerla, el cuchillo cayó sobre su mano. Dale tuvo el tiempo justo para abrir los dedos y la hoja pasó entre ellos clavándose en la tierra. Los tres hombres resollaron como bestias salvajes. Dale empuñó el revólver por el cañón y lo aplastó contra la cabeza del «Bowie». El otro trató de sacudírselo de encima y Dale lo tumbó de un rodillazo.

Estaba perdiendo sangre. Las heridas no le dolían porque todo su cuerpo era una llama excitada por el combate pero comprendió que dentro de unos segundos no podría continuar peleando.

Era preciso acabar, sus dos enemigos se revolvían por tierra a punto de levantarse. Dale empuñó el revólver y lo dejó caer en su funda derecha. Su mirada recorrió la cuadra y descubrió al fondo, colgado de un largo clavo, los dos cintos cananas del guardián, quien debía haber abandonado su puesto para ir a presenciar la ejecución o para divertirse un rato en cualquier saloon de la calle principal.

Moviéndose rápidamente, los alcanzó y los arrojó al suelo al alcance de sus enemigos.

—¡Hay un revólver en cada uno de ellos! ¡Colocáoslo, pronto! ¡Pronto!

Los caballos estaban revueltos, y aquél a quien Dale había librado pateaba al aire intentando salir. Los dos hombres se ciñeron los cintos con calma, dando tiempo así a los que venían a ayudarles para que se acercaran más todavía.

—Chillad para advertirles y os mataré como a ratas —musitó Dale, contemplando a sus dos enemigos.

Éstos tenían ya ceñidos los cintos. Rieron, porque una de ellos recordó que a Dale sólo podía quedarle una bala, cosa que el joven no había pensado aún.

—¡Sacad!

Se movieron los tres a la vez. Dale fue tan endiabladamente rápido, que uno de sus enemigos cayó con la frente atravesada antes de haber podido sacar el revólver de la funda. Logró apretar el gatillo de nuevo contra su otro enemigo cuando éste ponía el arma en posición de tiro, y un sonoro «clic» saltó al aire.

Con una carcajada, el otro disparó, mientras Dale se dejaba caer al suelo. Fue a disparar otra vez, ahora sobre seguro, y en este momento el caballo que estaba libre, excitado hasta el máximo, saltó sobre él, buscando la salida, igual que una fiera rabiosa. El pistolero cayó al suelo, tirando otra vez, y ya no pudo repetir el disparo porque las patas del caballo le aplastaron el cráneo. Quedó quieto con el rostro desfigurado, mientras Dale saltaba para despojarle del revólver.

Lo consiguió y aún tuvo tiempo para en un último esfuerzo, aprovechando el nerviosismo del caballo, saltar sobre su lomo. Con una sensación de vértigo se encontró en el exterior, donde había ya varios hombres armados y dispuestos a todo.

Fugazmente, en la misma ventana que antes había divisado a Irene, vio otra vez la figura de la muchacha.

Uno de los que estaban más cerca levantó su rifle y gritó:

—¡Maldito!

Dale lo eliminó de un solo disparo. Echó el caballo sobre otro de sus adversarios y lo derribó por tierra. Mientras sentía que sus ojos se nublaban trató de dominar el caballo para que éste enfilara hacia la salida del callejón, sin conseguirlo. Dos balas rozaron su cabeza. Lo único que le salvaba en esos momentos era la loca movilidad de su montura.

—¡Pronto! ¡Parapetaos a la salida!

Alguien, con más inteligencia que los otros, había dado la orden. Los hombres corrieron. Dale Temple miró entonces hacia la ventana por última vez y vio algo que le heló la sangre en las venas.

La silueta de Irene confusamente recortada en la ventana y frente a ella había una figura masculina a la que reconoció con perfecta claridad: era la del gobernador Edward Kaufer.

Kaufer empuñaba un revólver y la figura de la muchacha parecía retroceder. Sonaron entonces dos disparos arriba, e Irene cayó, doblándose, mientras sonaba un grito de agonía.

Ese alarido de agonía fue doble, porque también lo lanzó Dale Temple.

Sus dedos crispados levantaron el revólver y apuntaron hacia arriba, donde aún se recortaba la silueta de Kaufer. Pero algo como un calambre doloroso, terrible, definitivo, recorrió entonces sus nervios. Creyó que disparaba y en realidad el revólver cayó de entre sus dedos. Una especie de sollozo recorrió la garganta del hombre, en cuyos ojos habían aparecido lágrimas por primera vez. Se dobló sobre el caballo, aferrándose al cuello del animal, y ya no vio ni sintió nada más.

CAPÍTULO VI

—… Y que Dios misericordioso se apiade de su alma.

Las manos gruesas y callosas del hombre cerraron el libro de oraciones. Las dos personas que estaban junto a él cerraron los ojos para que no se viera el brillo que había aparecido en ellos.

—Podemos empezar a cubrir la sepultura, Kent.

El hombre que había leído en aquel libro la oración de los difuntos, guardó el volumen en uno de los bolsillos de su gruesa chaqueta de piel y empuñó con mano firme la pala que había en el suelo junto a la pila de tierra. El llamado Kent, de unos veinticinco años, alto, fuerte y de facciones de niño, se puso a ayudarle.

Las paletadas resonaron sordamente sobre el ataúd de madera tosca, fabricado con sus propias manos.

La otra persona que se hallaba junto a ellos era una muchacha de unos veinte años, rubia, con las facciones limpias y puras de una virgen. Vestía sencillamente y a la luz incierta del amanecer sus ojos brillaban como dos charquitos de limpia agua de lluvia.

El hombre dijo:

—Sí, que Dios se apiade de su alma. Y que se apiade también del hombre que la asesinó.

Cuando hubieron acabado de cubrir la sencilla sepultura, Kent colocó una tosca cruz, se persignó y los tres volvieron al camino, donde les aguardaba un carromato tirado por dos caballos.

Kent preguntó:

—¿Adonde iremos ahora, Charlie?

Charlie era el hombre del libro de oraciones. Tendría unos cincuenta años y sus espaldas ya un poco encorvadas, hablaban de mil fatigas y mil sufrimientos. Se encogió de hombros y murmuró:

—A Carson City.

—¡Pero no podemos ir allí! ¡Mae correría demasiados peligros! ¡Aquello es una cueva de asesinos y pistoleros!

—No puede ocurrimos nada peor de lo que nos ha ocurrido ya, muchacho. Sé que en Carson City encontraré al hombre que mató a Leonor. Además, habíamos pensado ir a Nevada con la esperanza de descubrir una mina, y si somos hombres, nada ni nadie nos debe hacer cambiar de propósito.

Kent se encogió de hombros.

—Está bien. Usted manda.

Pero en aquel momento, cuando ya iban a subir a la carreta, la joven Mae grito:

—¡Mirad!

Un caballo se aproximaba al galope, siguiendo con ritmo desigual la línea serpenteante del camino. Era un caballo fuerte y joven, pero que debía estar reventado ya por una terrible galopada, y al que sólo sostenía su propio terror. Sobre ese caballo, abrazado al cuello y bamboleándose peligrosamente, había un hombre.

—Hay que detenerlo —dijo Charlie.

Fue él quien salió al encuentro del animal. Vio que detrás de éste venían otros caballos sin jinetes, sillas ni riendas, como si se hubiera producido una estampida. Golpeó en el morro a la montura y ésta se detuvo secamente, con una sacudida que hizo caer al hombre que aún se aferraba al cuello con sus últimas fuerzas.

Ese hombre había perdido tanta sangre, que ésta empapaba todo un costado del animal. Charlie y Kent se inclinaron sobre el caído. Éste estaba de costado y miraba con ojos vidriosos hacia la cruz que acababan de plantar en la tierra húmeda.

—Me habéis preparado… la sepultura —farfulló. Y enseguida perdió el conocimiento.

—Este tipo está herido —dijo Charlie—, y ha perdido una barbaridad de sangre. Hay que meterlo en la carreta.

—¿Y si alguien le persigue? —susurró Kent.

—Por eso mismo. Vamos. ¡Pronto! ¡Arriba con él y salgamos de aquí cuanto antes!

Dale Temple fue introducido bajo la lona, y Kent y Charlie quedaron junto a él. En contra de lo que parecía normal, fue la joven Mae la que subió al pescante y excitó a los caballos. Mae no entendía de curar heridas, pero sí sabía guiar carretas. Un instante después, habían dejado atrás una peligrosa curva, desde la que eran visibles, y tomaban una ruta de montaña para desviarse del camino

principal hacia Carson City.

Fue Charlie quien arrancó a tiras los últimos restos de la camisa de Temple y quien examinó las heridas de éste con expresión dubitativa. Kent preparó mientras tanto, unas tenazas, vendas y una botella de alcohol.

—Las tenazas no me harán falta, muchacho. La bala tiene también orificio de salida. Las cuchilladas, aunque abundantes, no pasan de ser meros arañazos. Pero lo que me preocupa es que este hombre ha perdido mucha sangre.

—Es fuerte y joven —susurró Kent con cierta envidia al admirar las hercúleas formas del herido—. Puede que se rehaga. Le lavaremos las heridas, se las vendaremos y luego habrá que dejarle descansar.

Así lo hicieron sin que Dale Temple, completamente agotado, abriera los ojos ni una sola vez.

Cuatro horas más tarde se detuvieron para preparar la comida. No fue necesario mover a Dale porque éste estaba tan quieto como si hubiera muerto.

Y así, durante cuatro días, siguieron avanzando y deteniéndose, preparando sus comidas y oteando el horizonte sin que Dale Temple diera más signo de vida que abrir los ojos de vez en cuando, murmurar palabras ininteligibles y tragar sin darse cuenta algunas cucharadas de sopa que le daba el mismo Charlie. Mae no se preocupó en absoluto de él, y dio incluso la sensación de que ignoraba que llevaban a otro hombre en su carromato. Pero esta sensación era falsa porque Mae sabía muy bien que bajo la lona había un hombre joven e incluso a veces, mientras avanzaban durante la noche, oía sus palabras inarticuladas. En esas ocasiones, Mae, que cuando no descansaba estaba siempre al pescante, se tapaba los oídos con las manos y trataba de pensar que para ella no existían más hombres en el mundo que Charlie y Kent. Desde que su hermana Leonor había sido asesinada, para ella los hombres no eran más que seres malditos a los que convenía evitar a menos que se les estuviese apuntando con un revólver.

Por fin, seis días después de haber encontrado a Dale Temple a lomos de aquel caballo agotado, llegaron a Carson City.

La ciudad hervía de animación, de luces, de banderas y de colgaduras por todas partes. Charlie, asombrado, preguntó qué era

lo que ocurría a un tipo que estaba atando un reluciente potro a la barra de un amarradero.

—¿No lo sabe? Va a celebrarse en Carson City una convención de gobernadores del Oeste. Vendrán los de varios Estados, y por ese motivo hay en la ciudad fiestas desde hace una semana. En Carson City todo se aprovecha, amigo, y yo lo aprovecharía también si llevara en mi carromato a un bombón como ése.

Sus ojos brillaban al contemplar el rostro juvenil de Mae, más que nunca parecido al de una virgen. Kent, que había oído aquello, crispó las facciones y estuvo a punto de llevarse la mano al revólver, aunque se detuvo por un gesto de Charlie y porque los ojos del hombre que estaba junto a la barra le helaron la sangre en las venas.

—Gracias por su información, amigo —dijo Charlie—. Y buenos días.

Siguieron avanzando en silencio y con una expresión inquieta y torturada. Observaron que la ciudad estaba infestada de pistoleros, y que casi todos dirigían miradas a Mae y algunos le dedicaban brutales frases al cruzarse con ellos. Kent estuvo a punto de sacar el revólver varias veces, pero el viejo Charlie le detuvo siempre con estas sensatas palabras:

—Déjalo. No puedes matarlos a todos.

—Pero tampoco podemos quedarnos aquí —dijo Kent, tras contemplar el rostro torturado de Mae—. Esto está plagado de indeseables y de granujas, y puede que tengamos que defender la honra de Mae con nuestras vidas.

—Lo haremos si es preciso, muchacho. Claro que lo haremos, pero como es mejor evitar los peligros que exponerse a perecer en ellos, no acamparemos en las inmediaciones de Carson City, sino en algún lugar tranquilo que no esté demasiado lejos ni demasiado cerca de la ciudad.

Buscaron, efectivamente, ese lugar tranquilo, pero sin encontrarlo. Hasta varias leguas más allá de la ciudad, las carretas y las tiendas de campaña se extendían sobre la pradera, separadas a veces por solo veinte o veinticinco yardas. Incapaces de seguir más adelante, por fin se instalaron cerca del camino.

Dale Temple, descendió entonces del carromato por primera vez. Kent le había prestado una camisa nueva, negra, y Charlie le había

afeitado con el mismo cariño como si se tratara de un hijo. Dale estaba más delgado, pero aún conservaba la reciedumbre de su musculatura y aquella luz fiera, casi salvaje, en los ojos.

Le costaba tenerse en pie, pero comió con sus salvadores y tomó con ellos una taza de café. Estaba ya en los últimos sorbos cuando llegó a la conclusión, después de haberla observado durante toda la comida, de que Mae se sentía molesta a causa de él, y de que esquivaba su mirada siempre que sus ojos se encontraban por casualidad. Kent y Charlie se limitaban a ignorar su presencia, y discretamente no le hacían preguntas. Para romper el hielo de aquella situación. Dale Temple murmuró:

—Bueno, creo que no me he presentado a ustedes aún, después de deberles la vida.

—No tiene importancia, muchacho —dijo Charlie sin mirarle—. Si quiere guardarse su nombre, guárdeselo. Nosotros no preguntamos nada.

—De todos modos, quiero que me conozcan. Me llamo Dale Temple.

—Yo oí hablar de un tal Richard Temple —dijo Charlie calmosamente—. Fue juez durante algún tiempo y según creo bastante bueno. Luego se presentó a las elecciones para gobernar y lo asesinaron. ¿Era pariente suyo?

—Era mi hermano.

—¡Ah, entonces ésa es buena señal! Usted debe ser de familia distinguida. Quizá sea abogado o algo así.

Dale se mordió los labios.

—¡Qué diablos voy a ser! Yo sólo soy pistolero.

Notó la mirada relampagueante de Mae, una mirada de odio.

—¿Pistolero?

—Sí. Y me perseguían cuando ustedes me hallaron. Recuerdo muy confusamente algo de su carromato y del caballo que se detuvo bruscamente, lanzándome. Pero en realidad aún no sé cómo pude salvarme. Cuando logré montar sobre aquel animal estaba al fondo de un callejón sin salida bloqueado por varios hombres armados.

—¿Había otros caballos cerca de donde estaba usted? —preguntó Charlie.

—Sí, una cuadra llena de ellos. Y estaban muy asustados.

—Seguramente debió su salvación a esta circunstancia. Los

caballos o algunos de ellos, consiguieron liberarse de sus amarras y salieron en tropel por ese callejón al mismo tiempo que salía usted, sembrando la confusión entre los que le aguardaban. Cuando detuvimos su montura aún había varios detrás, corriendo como locos. Por instinto se seguían unos a otros, hasta que al vernos se dispersaron.

—Sí, debió ser así —dijo Dale pensativamente—, pero la verdad, hubiera deseado no salvarme.

—¡Bah! No diga tonterías. ¿Por qué?

—Por nada. Cosas…

Se produjo un instante de penoso silencio. Charlie, dejando caer su pote de café junto al fuego, dijo al fin:

—Bueno, amigo, parece como si nunca debiéramos tenernos la más pequeña confianza. Usted se ha presentado y nosotros debemos hacer lo mismo. Yo soy Charlie Evans, viejo aventurero que nunca consiguió fortuna y que al fin está tratando de buscar oro, a ver si puede morirse en una cama. Éste es Kent, el hijo de un antiguo amigo, al que quiero como si llevara mi sangre. Y ésta es Mae, mi hija. Tenía también otra llamada Leonor, pero… ¡No hay ninguna necesidad de hablar de eso! ¿Ha comido bien? ¿No querrá un poco más de café?

—¿Qué pasó con Leonor? —preguntó suavemente Dale—. Recuerdo algo como una cruz, en el instante que perdí el conocimiento.

—Insisto en que no vale la pe…

—Sí que vale la pena —dijo bruscamente Mae—. Es mejor que lo sepa para que vaya dándose cuenta de lo que pienso de los hombres que viven de su gatillo. Leonor, mi hermana, fue asesinada. Había algunos tipos a quienes les gustaba. Y decidieron que una mujer a la que no podían conseguir estaba mejor muerta.

—¿Quiénes eran esos tipos? —preguntó Dale mientras brillaban sus ojos—. ¿Conoce sus nombres?

—Sólo sabemos que formaban parte de la escolta personal del gobernador de California —dijo tristemente Charlie—. Vivimos en una época muy agitada y sujeta a cambios, y aprovechando las circunstancias, cualquier sinvergüenza puede, en estos Estados nuevos, convertirse en un personaje de la noche a la mañana. Me atrevo a suponer que el gobernador de California debe ser un

granuja al que destituirán pronto, pero entretanto dispone a su capricho de una escolta de asesinos.

¿Y qué hacían en la frontera con Idaho los de la escolta del gobernador de California?

—¡Oh! Debe usted saber que en Carson City va a celebrarse una gran convención de gobernadores recién elegidos de estados del Oeste. El de California no ha llegado aún aquí, pero los de su escolta se adelantaron para preparar alojamientos seguramente. Esos dos tipos llegaron hasta la frontera de Idaho, posiblemente persiguiendo a cualquier mujer o Dios sabe para qué. Allí encontraron a Leonor y… ésa fue nuestra desgracia.

—¿Viven esos fulanos? —preguntó Dale.

—Sí, desde luego, viven aún. No pudimos darles alcance, aunque hemos venido a Carson City con esta esperanza.

—¿Por qué tanto interés? ¿Es que piensa ayudarnos a matarlos? —preguntó Mae.

Dale levantó su brazo derecho y luego lo dejó caer sin fuerza.

—En estos momentos no podría vencer ni a un novato —susurró—. Apenas tengo fuerzas para mover los brazos.

Kent fue al carromato, extrajo el cinto canana que Dale llevaba puesto cuando le encontraron e introdujo en la funda un revólver, lanzándolo todo hacia el joven.

—Tome. De todos modos le harán falta. No es aconsejable que vaya desarmado en una tierra como ésta.

—Gracias —susurró Dale—. ¿Sabe usted tirar?

—Lo suficiente para tumbar a cualquier tipo que no me guste.

—Le felicito. A mí hay algunos tipos que no me gustan… y no los he tumbado aún.

—Bueno, no hay que entristecerse ahora —gritó animosamente Charlie—. Vamos a permanecer aún unos días en Carson City, por si aparecen por aquí los individuos a los que buscamos. Y si los vemos habrá fuegos artificiales, aunque sea en medio de la convención de gobernadores. Pero por el momento vamos a preocuparnos tan sólo de que nuestro amigo descanse y de que nadie moleste a Mae.

—De que nadie moleste a Mae me encargo yo —dijo ardorosamente Kent—. De que no la moleste nadie… sea quien sea.

Sus ojos miraban inequívocamente a Dale. Éste movió otra vez su brazo, como indicando que no tenía fuerza para nada y sonrió.

Pero en el fondo sintió envidia de que aquel hombre tuviese aún cerca de sí a una mujer viva a quien poder amar.

—¿Llamamos a un médico? —preguntó Charlie.

—No, gracias. Me encuentro ya mucho mejor y creo que incluso debería dejarles a ustedes.

—¡De ningún modo! No puede todavía andar sólo por una ciudad como ésta. Aguarde unos días hasta que salgamos de Carson City, y luego veremos qué ocurre.

—Sí, veremos qué ocurre —musitó enigmáticamente Dale, sin mirar a ninguna parte.

Y desvió aún más los ojos para ver los labios rojos y palpitantes de Mae, aquellos labios que Kent miraba también.

CAPÍTULO VII

Por la noche Carson City llegaba al máximo de su apogeo, y aquella ciudad que ya de día tenía un aspecto muy poco tranquilizador para las gentes honradas, se convertía, apenas habían caído las primeras sombras, en una verdadera antesala del infierno.

Desde el lugar pacífico y tranquilo que Charlie Evans había escogido para acampar, veían las luces de Carson City y se oía el fenomenal alboroto que formaban a la vez los cánticos, las músicas, los gritos, los disparos y los alaridos de agonía de los que ya no verían un nuevo amanecer.

Mae, con los labios fuertemente apretados, quieta junto a la fogata, parecía pensar nadie sabía qué extrañas cosas. Kent estaba junto a ella mirándola insistentemente, y en cuanto a Charlie se había puesto a tocar viejas canciones con su armónica. Dale Temple, apoyado en una de las ruedas, parecía también una estatua y sólo sus ojos brillantes denotaban que estaba sumido en mil terribles y atropellados pensamientos.

Charlie se levantó al fin.

—Voy a ver qué ocurre por la ciudad, amigos. Volveré dentro de una hora… si antes no he encontrado a aquellos tipos. Procurad dormir vosotros, si es posible.

—Le acompaño —ofreció Kent.

—Nada de eso. Tú tienes que quedarte a vigilar a Mae. —La expresión de Charlie era severa.

—Para eso tenemos a nuestro amigo el pistolero —dijo ella con cierto tono de burla.

—No te metas con él, Mae —dijo Charlie—. No veo que te haya hecho nada aún.

—Porque no tienes fuerzas.

Charlie dio media vuelta, encogiéndose de hombros, y se alejó poco a poco. Kent, quien en el fondo parecía sentirse muy satisfecho

de que el viejo les hubiera dejado solos, se acercó más a Mae y empezó a besarla, primero en las mejillas y luego buscando su boca, sin que ella ofreciera resistencia. Al contrario, más bien parecía incitar con su actitud al hombre, quien parecía haber olvidado completamente que sus gestos eran presenciados por Dale.

Pero la muchacha no había olvidado. Al contrario, todo aquello lo hacía precisamente porque él estaba allí, para castigarle, para atormentar sus deseos y sus sentimientos. Incluso en un instante en que Kent la besó en la boca, Dale notó que los ojos de la muchacha estaban fijos, terriblemente fijos en él, y que en estos ojos había una mezcla de compasión, de deseo y de burla.

El joven volvió la espalda lentamente y subió al carromato, cobijándose bajo la lona. La noche fresca, perfumada y enervante, le traía mil recuerdos y mil sensaciones que no conseguía alejar. Apretó los puños con rabia, con desesperación, mientras cerraba los ojos. Y mil pensamientos que eran como un suplicio llenaron entonces su mente.

Al fin esos pensamientos se vieron interrumpidos por una voz desconocida.

—Mira, Doc, qué tortolitos.

—¿No hay besos para mí, nena?

—Mira qué labios tengo yo también, preciosa. ¿Quieres probarlos? Saben a caramelo.

La voz de Kent rugió:

—¡Pandilla de cobardes!

Dale se deslizó sobre las mantas, saltando del carromato. Vio a tres tipos grandes como gigantes, barbudos como osos, que se habían acercado a la fogata y contemplaban con risas siniestras a Kent y a Mae, quienes ya se habían puesto en pie y les miraban con ojos llameantes de odio.

—¡Pandilla de cobardes! —repitió Kent.

—¡Qué voz tan bonita tienes! Nos asustas, valiente.

—Bueno, será mejor que sueltes a este bomboncito y lo dejes venir para aquí. Tenemos que enseñarle unas cuantas cosas. Vamos, Julieta, ven a los brazos de tu Romeo. Ardo en deseos de enseñarte a ti los secretos del amor que a mí me han enseñado otras doscientas mujeres.

Kent llevó velozmente la diestra hacia el revólver, pero una bala

disparada a través de la funda le perforó en este momento la mano. El joven se encogió con un gesto de dolor.

—¿Por qué no pruebas de nuevo? Esta vez solo ha sido la mano, pero también sabemos disparar contra otros sitios.

Los dos compañeros del que había hablado se pusieron a lanzar brutales carcajadas, como si la frase tuviera la mar de gracia.

—¡No me tocaréis! —gritó Mae—. ¡No os acercaréis a mí! ¡Si dais un solo paso yo os juro que!…

—¿Qué, nena?

Kent se apretaba la mano transido de dolor. Al ver avanzar a los pistoleros dio un paso al frente, interponiéndose en su camino, pero un fantástico gancho al mentón lo hizo caer de espaldas a tierra. El pistolero que le había derribado le propinó un salvaje puntapié al hígado y luego le clavó la espuela a la cadera, haciéndole aullar de dolor.

Mae quiso escapar, pero uno de los pistoleros, que llevaba un lazo en la mano, lo lanzó hábilmente y la atrajo hacia sí con dos bruscos tirones. Mae gritó desesperadamente sabiendo que nadie le prestaría ayuda. La oían desde los otros carromatos, pero nadie quiso jugarse la vida contrariando los caprichos de aquellos tres asesinos. Uno de ellos atrajo a Mae hasta sus brazos y la besó en la boca, mientras el otro la liberaba del lazo, para que la cosa fuera más divertida.

Dale, negligentemente apoyado a un costado del carromato, murmuró:

—¿Has tenido ya bastante, Romeo?

Los tres hombres se volvieron a la vez, soltando por unos instantes a Mae, que cayó al suelo.

Posiblemente si Dale hubiera estado en la plenitud de sus facultades físicas, y sobre todo si hubiese tenido auténticas ganas de vivir, aquello no habría sucedido. Pero esta vez, con las heridas recién cicatrizadas y con el ánimo deshecho por la muerte de Irene, no fue lo bastante rápido. Uno de los pistoleros disparó velozmente a través de la funda, destrozándole el revólver, y el otro, el que tenía la cuerda en las manos, la lanzó hábilmente otra vez, sujetando a Dale completamente.

Una triple carcajada partió de las gargantas de los vencedores. Dale cayó al suelo al tratar de liberarse de la cuerda, y fue

arrastrado. Dos de los hombres lo sujetaron enseguida, uno por cada lado del cuerpo y lo lanzaron sobre la fogata para que se asase vivo.

Mientras Mae lanzaba un grito, Dale pudo realizar una ágil contorsión y caer de costado, rozando tan sólo las llamas. Éstas, de todos modos, prendieron en su camisa, y tuvo que dar varias vueltas por tierra para apagarlas, mientras entrechocaban sus dientes y lanzaba salvajes maldiciones en voz muy baja.

Mientras trataba de liberarse, sin conseguirlo, los tres pistoleros inmovilizaron de nuevo a Mae, que se debatía desesperadamente.

—¿Aquí? —preguntó uno de ellos.

—No, no. En el carromato. Será mucho mejor.

Le propinaron un fuerte golpe en la nuca para aturdiría y la hicieron saltar dentro del carromato. Kent estaba tan aterrorizado que ni siquiera se atrevía a intervenir. Sus ojos dilatados por el asombro y el horror, parecían dos agujeros que el miedo hubiera abierto en su rostro. Dale lanzó un juramento y trató de ponerse en pie, pero volvió a caer pesadamente.

En este momento se dijo que ya nada podría salvar a Mae, y que quince minutos más tarde la muchacha desearía morir.

Cuando uno de los pistoleros iba a subir al carromato, un disparo de rifle restalló a cien yardas de distancia.

La bala no hizo blanco, pero obligó a inmovilizarse a los tres hombres. Tras los instantes iniciales de asombro se dejaron caer al suelo y sacaron sus armas. Ése fue el momento en que Mae aprovechó para salir por la parte anterior del carromato, perdiéndose ágilmente en la oscuridad. El rifle restalló otra vez y los tres pistoleros respondieron nutridamente al fuego. Luego se produjo el silencio.

Dale pensó que el autor de los disparos había sido Charlie, que volvía. Pero se equivocaba; el resplandor de una hoguera lejana iluminó fugazmente el inesperado salvador de Mae.

Éste era un muchacho que apenas habría cumplido los veinte años, o al menos eso era lo que se apreciaba desde aquella distancia. Corría ágilmente en este momento para buscar una nueva posición de tiro, pero las balas de los pistoleros le abatieron a mitad de su camino. Los tres saltaron en su busca, con los revólveres amartillados.

Dale Temple consiguió librarse en este momento y corrió tras

ellos. Los tres disparaban como locos. Si alcanzaron al muchacho o no con sus balas, no lo pudo saber, pero sí resultó seguro que le alcanzaron con sus cuchillos. Se escuchó junto a la lejana hoguera un grito de agonía, y por unos instantes se vio a los tres tipos levantando en el aire con saña sus monumentales «Bowie», luego nada.

Dale Temple cayó pesadamente al suelo y arrojó el revólver destrozado. Luego, poco a poco, tambaleándose como un borracho, se levantó y fue en dirección a la lejana hoguera de donde partieron antes los disparos salvadores.

Los tres pistoleros se habían alejado ya, dando por descontado que Mae habría tenido tiempo de huir.

Dale vio el cuerpo del muchacho, que, efectivamente, no habría cumplido aún los veinte años. Estaba materialmente repasado a cuchilladas. Rechinaron los dientes y se dispuso a levantarlo entre sus brazos. En aquel momento una voz a su espalda susurró:

—De modo que ese pobre muchacho ha sido capaz de hacer lo que usted ni siquiera se atrevió a intentar.

Dale se volvió. Era Mae.

—Hay que buscar una tumba para él —dijo sencillamente—. Ayúdeme.

—¿Buscar una tumba? ¿Es eso sólo lo que sabe hacer? Usted, que afirmó ser un pistolero, ¿no sabe más que enterrar a los niños cuando éstos le salvan la vida?

—Debo tener alma de sepulturero. Vamos. Ayúdeme.

Levantó el cadáver con sus brazos y caminó hacia la llanura precedido por la muchacha. Un viejo que estaba junto a una hoguera, y que les miraba fijamente con ojillos entrecerrados y llorosos, les tendió una pala.

Kent llegó también vacilando, vendándose la mano él mismo.

—¿Qué vais a hacer?

—Nuestro valiente amigo —dijo Mae despreciativamente—, va a enterrar al que le ha salvado la vida.

—Yo tampoco he ayudado gran cosa… —reconoció Kent.

—Tú no has presumido nunca de ser un pistolero.

—Y además te atravesaron la mano cuando empuñabas la culata ¡Pero él…! ¡Nuestro valeroso amigo no llegó siquiera a «sacar»! ¡Y luego lo lacearon como a un caballo viejo! ¡Lo arrastraron por el

suelo igual que a un bisonte muerto!

Dale volvió la cabeza ligeramente para decir:

—Parece ser que ha tenido un gran desengaño conmigo, señorita Evans. Eso, al parecer, indica que creía en mí.

La muchacha se dio cuenta de que aquél podía ser un terreno resbaladizo y rectificó:

—¿Yo creer en usted? ¿Por qué iba a hacerlo? ¡A mí me es completamente indiferente! ¡Si se quiere morir, muérase!

Dale Temple no contestó y con la pala se dedicó a remover la tierra en un lugar en que ésta era blanda. Ayudado por Kent, que le sustituía a intervalos, la fosa estuvo pronto dispuesta, y en ella fue depositado el cuerpo del muchacho. Al ver a la luz de la luna que las paletadas de tierra cubrían el cuerpo, Mae no pudo contenerse más y se echó a llorar.

Cuando terminaron. Dale balanceó la pala en su mano derecha.

—Lo siento —dijo—. No ha sido un espectáculo agradable.

—Lo que no ha sido un espectáculo agradable ha sido su magnífica pelea, señor Temple —murmuró ella—. ¡Cómo lamento que haya tenido que ensuciarse usted su precisa camisa prestada! ¿Por qué no busca a estos hombres y les obliga a que le acaricien otra vez? A lo mejor les da lástima y se limitan sólo a hacerle cosquillas. Todo puede ser…

Dale rechinó los dientes y, moviendo su mano derecha, propinó a la mujer una seca bofetada en pleno rostro. Ella se estremeció aturdida, sin comprender aún aquello. Kent se abalanzó contra Dale, pero éste le dijo:

—Quieto.

—¿Quieto? ¡Te voy a enseñar a…!

De un gancho a la mandíbula Dale lo envió a tierra. Luego avanzó pesadamente hacia el viejo que les había prestado la pala, y que seguía mirándolo todo con ojos lloriqueantes.

—Tome, abuelo. Ahí tiene su pala. Pero aún necesito pedirle otro importante favor.

—Tú dirás, hijo.

—Necesito un revólver.

—¿Para qué?

—Tengo que arreglar un pequeño asunto con tres hombres. Cosas sin importancia.

—Toma, muchacho. Ahí va un «Colt» que todavía no ha matado a nadie. Me lo regalaron cuando cumplí sesenta años.

Dale lo tomó y lo sopesó. Estaba bien cargado.

Fue a alejarse, pero el viejo le detuvo con su voz:

—Hijo…

—¿Qué quiere, abuelo?

—Has hecho bien en atizar a esa mujer. Hay veces en que las damiselas necesitan también algún, sopapo, sobre todo si confunden a una gallina con un tipo como tú, de quién se ve que ha nacido para ser un maldito pistolero.

—¿Conocía a esos hombres? —preguntó.

—No, hijo. No del todo. Si mis ojos pudiesen ver bien, ya les habría enviado tres balazos. ¡Pero qué cuerno! No veo a diez pasos, muchacho. Empuña bien ese revólver y les buscas en el saloon de la Vieja Ketty. Les oí que después irían a reunirse allí.

—Me reuniré con ellos.

El saloon de la Vieja Ketty era uno de los más turbulentos y de peor fama de la ciudad. Su dueña se llamaba Ketty, y la llamaban vieja porque no había cumplido aún los veintidós años. Pero, casi una chiquilla, tenía ya una sombría historia. Había estado casada con un pistolero que murió ahorcado, y luego con otro al que se rumoreaba que asesinó ella misma para heredar aquel saloon. Sabía manejar el revólver mejor que los hombres, y muchos habían caído ya ante su gatillo. De vez en cuando cantaba canciones melancólicas y sentimentales que le hacían parecer una chiquilla romántica. Solía terminarlas con disparos al aire y volando la cabeza de cualquiera que se hubiera atrevido a molestarla.

Dale, se encaminó hacia allí seguido por Mae, que le miraba con sonrisa despreciativa, y por Kent que aún caminaba sujetándose la mano.

El saloon estaba lleno. Buscó con la mirada a los tres hombres y no los encontró. Seguramente no habían llegado aún. Cuando se acercaron a la barra para esperar, una mano se posó en su hombro.

Era la mano de la Vieja Ketty.

Ketty tenía los labios jugosos y frescos como frutas a punto de estallar. Tenía las caderas anchas, el escote blanco y fino y las piernas mejor formadas que había en Carson City, según decían los pistoleros. Tenía también los ojos un poco turbios de la mujer que

ya lo ha visto todo, que ya lo conoce todo, y que ya no cree absolutamente en nada.

—¿Nuevo en la ciudad? —preguntó.

—Sí, nuevo. Voy a estar pocos días aquí.

—¿Buscas a alguien?

—A tres hombres.

Ella hizo un amplio ademán con el brazo.

—Mira, tienes donde elegir.

—Los que yo necesito son tres hombres muy especiales.

—¿Y por qué no quieres a una mujer muy especial?

Se había apoyado en la barra y le miraba provocativamente. Dale no pestañeó. En sus ojos, esta noche, había tan sólo como una nube de sangre, y esa nube le impedía ver.

—Tienes un tipo muy interesante, ¿sabes? —susurró ella—. Y conste que son muy pocos los hombres que me llaman la atención.

Mae, que estaba junto a ellos, susurró:

—Más se la llamará cuando sepa qué clase de fanfarrón es el que tiene delante. Si esos tres tipos a los que espera vienen por aquí verá cómo le hacen ponerse de rodillas.

—Tal vez —susurró Dale.

Los tres hombres aparecieron entonces. Venían con las camisas manchadas de pólvora y de sangre, y por sus expresiones se adivinaba que acababan de correr, al fin, lo que ellos consideraban una bella aventura. No vieron a Dale Temple hasta que lo tuvieron delante de las narices, por la sencilla razón de que sus ojos iban directamente hacia la figura rutilante de la Vieja Ketty.

—¡Diablos! —exclamó uno de ellos—. ¡Ketty está aquí hoy, con el público! ¡Decididamente, amigo, ésta es una gran noche!

—Estoy aquí —sonrió Ketty—, con un compañero vuestro.

Los tres pistoleros contemplaron a Dale y se pusieron a reír, mientras con las yemas de los dedos acariciaban las culatas de los revólveres.

Ketty se parto un poco y miró a Dale.

Mae le contemplaba con desprecio, y en cuanto a Kent tenía los ojos muy abiertos, pensando que todo aquello era una locura, puesto que cuando mataran a Dale, los pistoleros se llevarían a Mae y él no podría de ningún modo defenderla.

Uno de ellos ordenó:

—¡De rodillas!

—¿Lo dices por mí? —sonrió Dale.

—A ti. A ti te lo digo. Si te pones de rodillas es posible que no te matemos. Puede que nos des lástima y nos limitemos a marcarte la cara.

Ketty susurró:

—No lo hará. Se ve de lejos que es todo un tipo.

Pero Dale Temple, entre un intenso murmullo de asombro de todos los que presenciaban la escena, se puso de rodillas en el suelo. Ketty no pudo evitar una exclamación que le hizo llevarse una mano a la boca.

—¡Cobarde!

—Se lo advertí —musitó Mae—. Sólo es valiente con las mujeres. Le dije que lo vería de rodillas ante sus enemigos, suplicándoles que no lo mataran y que se limitasen a marcarle la cara.

Los tres pistoleros arreciaron en sus carcajadas, y uno de ellos escupió junto a Dale.

—¿Por qué te colocas de rodillas? —preguntó el que estaba más adelantado de los tres—. ¿Quieres que te perdonemos? Te advierto que aquello era una broma. Vas a morir igualmente.

—Una vez estuve en México —dijo Dale con voz clara—, y vi una corrida de toros, un espectáculo cruel y desagradable, que, sin embargo, me enseñó una cosa. Cuando el torero está de rodillas, más difícil es su faena y más peligro corre. Yo ahora, me he convertido en torero. Quiero que mi faena sea difícil. Matar a tres hombres estando de rodillas y con un solo revólver, es algo que todavía no he visto hacer a nadie.

Los tres pistoleros cortaron sus carcajadas en seco. Dale hablaba con demasiada seguridad.

—Pero ¿vas a desafiarte con los tres a la vez, loco?

—Con los tres a la vez, queridos.

Kent estaba tan pálido que se mareó. No podía soportar ver a Dale Temple así, con su aspecto de víctima, y saber que dentro de pocos instantes Mae volvería a estar entre los brazos de aquellos canallas.

Salió tambaleándose hasta la puerta del local y allí se puso a gemir como un niño.

Dale Temple, mientras tanto, invitó:

—Bueno, amigos, ¿no nos animamos?

Los tres pistoleros que estaban separados de él tan sólo por diez pasos, «sacaron» con una fantástica rapidez. Pero Dale, que ahora ya sabía con quién tenía que habérselas, puso en aquel duelo toda su maestría y todo su arte diabólico en el manejo del revólver. Cuando el primero de ellos ya había «sacado», Dale tenía el «Colt» en la mano y había hecho un disparo. La bala alcanzó en mitad de la frente al más rápido de los pistoleros, y le hizo caer al suelo con la pesadez del plomo. A continuación, Dale hizo una maniobra que dividió en dos fases.

En la primera se dejó caer de costado, hacia la izquierda, logrando que una bala que iba destinada a su cabeza pasase desviada, rozándole sólo los cabellos.

La segunda fase consistió en apoyarse en el brazo izquierdo y trazar con el derecho un fulminante movimiento de abanico, rociando con las cinco balas que le quedaban una zona en que estaban fatalmente comprendidas las cabezas de los dos hombres. Hizo esto con tan pasmosa rapidez que casi fue imposible para los espectadores el seguir sus movimientos uno a uno. Sólo Ketty que era entendida en la materia, sonrió al ver la maniobra del hombre y se anticipó con el pensamiento a cada uno de sus gestos. Segundos más tarde, los otros dos hombres tenían también perforada la frente. Cayeron a tierra como plomos, igual que su compañero, sin haber lanzado un solo grito. Dale enfundó el revólver, se puso poco a poco en pie y sonrió mirando a Ketty.

—Ni una mancha en el suelo. Las balas en la frente producen poca sangre, diablos. Mándalos retirar pronto.

Ketty hizo un gesto a dos de sus empleados.

—¡Afuera con eso! ¡No quiero en mi local estorbos que no dejan bailar a la gente!

Mae tenía los ojos desorbitados por el asombro. La Vieja Ketty se arrimó mimosamente a Dale Temple y dijo:

—¿No te gustaría quedarte aquí, amor, a vivir tranquilo?

—Nos volveremos a ver en otra ocasión —susurro Dale—. Gracias, maravilla de mujer. Ya volveré aquí cuando quiera beber gratis.

—Y si alguien te estorba, tengo asesinos a sueldo, amor, que

harán lo que yo quiera a cambio de una mirada. Igualmente si tú lo quieres, cariño, haré expulsar de la ciudad a esa mujercita que te ha llamado cobarde.

—No, gracias. Le debo la vida.

Salió del local, seguido por la atónita Mae. Todo el mundo le hizo paso respetuosamente.

Kent no estaba en la puerta. Debió creer que los disparos significaban la muerte de Dale Temple, e incapaz de ver cómo los tres pistoleros se llevaban a Mae, había optado por la huida.

Dale se encaminó hacia la pradera donde estaba asentado el carromato. Notó que Mae le seguía, pero nada dijo. Sus labios estaban prietos y sentía en el corazón como un sordo dolor. El aire enervante, cálido, perfumado, de los cercanos campos, no hacía más que aumentar su desesperada nostalgia, o su salvaje deseo de morir.

Al fin oyó aquella voz:

—Señor Temple…

—¿Qué quieres, Mae?

La muchacha estaba quieta ante él, sumisa. Con las manos nerviosamente unidas a la altura de su regazo, parecía una chiquilla que estuviera pidiendo perdón.

—Deseaba decirle que lamento lo ocurrido, señor Temple, y que tengo la sensación de haberme portado como una auténtica imbécil, por no decir algo peor. Hace algunos días usted estaba aún entre la vida y la muerte, y de haber comprendido que junto al carromato no fue lo bastante rápido para «sacar», yo…

—No tienes nada de qué arrepentirte, Mae.

Iba ya a seguir dando media vuelta, cuando la voz femenina le detuvo nuevamente:

—También quería decirle otra cosa, señor Temple.

—¿Cuál?

—Ésta.

Se encaramó a las puntas de los pies y besó a Dale en la boca. Tenía unos labios perfumados, frescos y limpios. Dale se estremeció. Sus brazos rodearon casi sin darse cuenta la cintura de la muchacha y, también casi sin querer, correspondió al beso.

Ninguno de los dos se percató de que Kent estaba contemplando la escena desde la oscuridad de un porche cercano.

CAPÍTULO VIII

—Bueno —dijo Charlie Evans mientras daba vueltas nerviosamente entre sus dedos al recipiente del café—, me han asegurado que hay terrenos auríferos más al Sur, cerca de California. La gente se dirige hacia allí en oleadas como si aquélla fuera la tierra de promisión. ¿Qué os parecería si nos marcháramos nosotros también?

Estaban junto al carromato y eran las diez de la mañana de un límpido día de sol. Todos los horrores de la noche anterior parecían haber sido olvidados, Charlie, al menos, no estaba enterado de ellos, porque nadie se había molestado en contarle nada. Miró a su alrededor y observó en los rostros de todos, una expresión taciturna.

Sobre todo en el rostro de Kent, que incluso fingía mirar en otra dirección.

—¿Es que no os gusta la idea? He observado que Carson City es una ciudad diabólica. A ninguna persona sensata le agradaría estar aquí.

—Pero a ninguna persona sensata le agradaría tampoco dejar que siguieran vivos los que mataron a Leonor —sugirió Mae.

—¿Tenéis la seguridad de que van a venir aquí? —preguntó Charlie Evans—. ¿No será más lógico que los encontremos en las regiones auríferas?

—Nos dijeron que iba a celebrarse aquí una convención de gobernadores —insistió Mae.

—Es cierto. ¿Tú qué opinas, Kent?

Kent, con los labios apretados, susurró:

—Haced lo que queráis. Pero para mí cuanto más lejos de Carson City estemos, mejor.

—¿Y usted qué opina, Temple?

Dale Temple no tenía ganas de estar en ninguna parte. Su terrible inquietud sólo podía ser calmada con paisajes nuevos, con aventuras nuevas, con un movimiento constante. Porque en cuanto

se detenía demasiado tiempo en un mismo sitio, la angustia de saber que Irene estaba muerta y que él y su asesino aún seguían palpitando sobre la tierra le corroía el corazón. Su nostalgia era como un veneno, como un ácido derramado en su sangre. Por eso dijo:

—Prefiero seguir hacía cualquier sitio. Y cuanto más lejos mejor.

—Son tres los votos contra uno —dijo Charlie, mirando a su hija —, porque yo también soy partidario de marchar. Recogeremos nuestros bártulos y nos pondremos inmediatamente en camino. Iremos todos juntos, desde luego, a menos que usted, señor Temple, decida separarse de nosotros. Por mi parte celebraría que…

—Vendrá con nosotros —decidió Mae. Y por primera vez su voz de niña se transformó en la de una verdadera mujer.

Dale sonrió y emprendieron la marcha.

Ahora, Mae no se colocó en el pescante, sino que cedió ese sitio a los dos hombres, y ella fue a colocarse dentro del carromato, junto a Dale Temple.

—Siento lo que ocurrió anoche —dijo en un susurro—. No sé si sabrás perdonármelo.

—¿Qué es lo que ocurrió?

Ella se mordió los labios.

—Parece mentira que puedas tener tan mala memoria, Dale.

—¡Oh, es que sucedieron tantas cosas! No sé a cuál de ellas te refieres.

La muchacha cerró los ojos, y por unos momentos sus facciones se vieron cubiertas por un intenso rubor. Dale notó que las manos de ella temblaban, que palpitaban de pasión, y que había en su piel como una llamarada, como un grito que a través de ella les lanzara la sangre.

—Era la primera vez que me besaban… de ese modo —confesó la muchacha con un hilo de voz.

—Y ojalá sea la última. Lo deseo por tu bien.

—¿Tú nunca has tenido novia, Dale? ¿Nunca has pensado que tu corazón puede servir para algo más que para que lo destrocen de un balazo?

—Tuve una novia cierta vez —repuso él, secamente—. Pero fue en un lejano tiempo.

—¿Y… la amabas?

En cada una de las palabras de la muchacha latía la pasión.

—Durante mucho tiempo pensé que no la amaba —susurró Dale con expresión reflexiva como si se contestase a sí mismo—. Yo viví mi vida, y tanto la desengañé que tuvo que marchar al Este, al lugar más lejano que encontró con tal de no verme. Sí, aquello fue en otro tiempo, y al pensarlo tengo una sensación de vértigo. ¿Por qué no creí en ella? ¿Por qué no creí en ninguna mujer del mundo? Bien —susurró—, es tonto hablar de eso ahora. Lo cierto es que al cabo de unos años esta mujer y yo volvimos a encontramos, en aquel maldito villorrio llamado Wiscondel, y ella me salvó la vida.

—En tal caso debes estarle muy agradecido —susurró Mae con expresión despechada, como si pensase: «Yo, en cambio, no he tenido ocasión de hacer nada por ti».

—Ya no tengo que guardarle gratitud.

—¿Por qué?

—Bueno —dijo él—, no me gusta hablar de eso.

—¿Por qué no tienes que guardarle gratitud? —insistió Mae.

—Porque está muerta. Porque la asesinaron. Por eso no tengo que guardarle gratitud, ya que de nada le serviría —añadió exaltándose—, pero sé que ella está en el aire, en el agua, en el cielo, en todas partes. Sé que me acompaña y que se mete dentro de mí, como si se disolviera en mi sangre. Esto es lo que siento y no puedo evitarlo, y sé que toda la vida seré esclavo del fantasma de esta mujer. Por eso me iría a California, a México o al mismo infierno. Lo único que deseo es huir, huir siempre, porque en el fondo soy un perseguido.

Se ladeó ligeramente y trató de ignorar a la muchacha, que seguía a su lado con los labios apretados y los ojos llorosos.

—Será mejor que te fijes más en Kent —susurró él—. Es un buen muchacho.

—Si piensas que yo…, —comenzó a decir ella.

Pero en aquel momento la ruda voz de Charlie Evans la interrumpió.

—¡Altoooo!…

El grito iba dirigido a los dos caballos, que se detuvieron a un brusco tirón de riendas. Frente al carromato se oyó un ruido semejante al de un agudo cornetín.

Dale saltó del carromato, corriendo hacia la parte delantera de

éste, y lo primero que vio fue el rostro lívido y desencajado de Charlie Evans.

Hacia ellos, cortándoles el camino, galopaba una extraña comitiva. Un carruaje muy lujoso, color negro, tirado por cuatro caballos ricamente enjaezados, avanzaba en dirección a Carson City. Aparte de dos hombres armados que iban en el pescante cuatro jinetes flanqueaban este carruaje.

Los cuatro lucían vistosos uniformes color encarnado, con sombrero negro y oro y galones bordados en las hombreras. Aquel carruaje y sus acompañantes iban a gran velocidad cortando el camino que seguían el carromato de Evans, y por eso, para evitar un choque catastrófico, se había detenido Charlie.

Pero Dale notó que se había detenido por algo más.

Los ojos de Charlie Evans no se apartaron de los jinetes, precisamente de los dos que iban delante del carruaje, muy orgullosos y altivos dentro de sus vistosos uniformes.

—¿Qué ocurre, Charlie?

—Son ésos…

—¿Y qué significa «ésos»?…

—Son los que mataron a mi hija.

Un estremecimiento recorrió la espalda de Dale Temple.

—Entonces ése debe ser el carruaje del gobernador de California. El que se dirige a la convención de Carson City.

—Sin duda.

La comitiva se aproximaba, y los dos jinetes de la parte delantera miraban también fijamente a Charlie Evans, como no recordando si le conocían o no. La mano de uno de ellos ya acariciaba suavemente la culata de su revólver.

—No podemos hacer nada, Charlie —musitó Dale Temple—. Son seis hombres, aparte de los que vayan dentro del carruaje.

—Tengo un rifle con seis balas.

—No sea loco.

Los dos jinetes no le dieron oportunidad de elegir. Uno de ellos, que le había reconocido ya, sacó el revólver y disparó. La bala hizo un agujero en la lona, junto a la cabeza de Charlie. Éste tuvo que soltar el rifle, mientras se encogía. Kent se dejó caer del carromato al suelo y extrajo su revólver disparando al bulto. Los cuatro jinetes que rodeaban el vehículo se dispersaron rápidamente, haciendo

fuego con sus revólveres.

Dale comprendió que estaban perdidos si no se defendían. Después de darles muerte, aquellos individuos siempre podrían decir que eran unos bandidos que intentaron atacarles. Nadie les discutiría la razón, y los cadáveres menos.

Dale empuñó velozmente el rifle de Charlie, se lo apoyó en el codo izquierdo y empezó a hacer fuego con él a una velocidad endiablada. Dos de los jinetes que se habían acercado en exceso, fueron alcanzados en el pecho y saltaron de sus monturas igual que títeres. Los del pescante excitaron a los caballos mientras preparaban sus armas.

—¡Son bandoleros! —gritó uno de los jinetes—. Por lo menos hay una docena escondidos bajo la lona.

—¿Es que estás soñando imbécil? —susurró Dale.

Y de un nuevo disparo atravesó la cabeza de su enemigo.

El otro jinete trató de huir, y Kent lo despachó de un balazo. Los dos del pescante se arrojaron a tierra y empezaron a rodar a causa de la velocidad que llevaban los caballos. Cuando pudieron ponerse en pie dispararon como demonios mientras corrían para ponerse a cubierto. Pero sus disparos no eran peligrosos. Lo único que pensaban aquellos tipos era en huir.

Los caballos empezaron a relinchar y a enderezarse sobre sus patas traseras. El carruaje dio una sacudida. A través de una de las ventanillas abiertas alguien disparó rabiosamente un «Colt».

Dale Temple vació contra la carrocería las balas que le quedaban.

Los caballos se detuvieron definitivamente, y en torno al escenario de la pelea se hizo un gran silencio.

—Vamos —susurró Dale.

Se acercaron poco a poco, temiendo que desde el interior del carruaje alguien les estuviera apuntando. Pero no era así, reinaba allí el silencio de la muerte. Dale recomendó a Kent:

—Tranquilice a los animales. Hay que evitar que se desboquen y huyan. —Y a Charlie—: Mire a ver si alguno de esos hombres a los que hemos tumbado necesita ayuda.

Los dos cumplieron las órdenes. Kent tranquilizó a los animales, y Charlie Evans corrió de uno a otro de los muertos, sin detenerse más que unos segundos ante cada uno de ellos. Cuando regresó

junto al carruaje, Dale había abierto una de las portezuelas y estaba mirando hacia el interior.

—¡Dios mío! —susurró Charlie.

Dentro del carruaje, sobre la mullida tapicería de seda, había un hombre. Este hombre vestía de negro, con severa elegancia, era de mediana edad y tenía un revólver engarfiado en su mano derecha.

Tenía también un botoncito rojo en mitad de la frente, pero esto no se lo había buscado él.

Había muerto instantáneamente, cuando iba a hacer un nuevo disparo. Tenía las facciones un poco crispadas, y cualquiera hubiese adivinado que aquel rostro cuando tenía vida, no debió ser agradable.

—La hemos hecho buena —musitó Charlie—. ¿Sabe quién debe ser ese tipo?

—¿Quién?

—¡El gobernador de California! ¡Y lo hemos matado!

—Lo he matado yo. Y si algún día hay que cargar responsabilidades a alguien por esto, seré yo el que me las entienda con ellas. Pero la verdad es que no lamento haberlo hecho.

—Esto puede ser muy grave, Dale.

—De acuerdo, pero no hay que dar demasiada importancia a lo sucedido. En estos Estados nuevos hay gobernadores ahora que duran tan sólo dos semanas.

—Sí. Y además, ¡qué diablos! Usted ha tirado contra la carrocería para asustar. Pero ¿qué hacemos ahora?

—Enterrar a los muertos.

—Me parece una idea muy sensata, y lo único que me asusta es que hable usted con esta tranquilidad, Dale. Ayúdeme a sacar al gobernador. Vamos a empezar por él.

—Espere.

—Parece como si hubiera tenido usted una idea súbita. ¿Qué le ocurre?

—A ese hombre lo va a enterrar desnudo. Puede que sus ropas me vengan bien. Él está más grueso, pero parece de la misma talla y al parecer calzamos el mismo número de botas.

Charlie Evans, que había palidecido al ver el cadáver, adquirió ahora una lividez mortal.

—Dale, ¿qué pretende?

—Naturalmente, una cosa: vestirme con sus ropas.

—Pero ¿está loco? ¿Para qué?

—Sencillamente —sonrió Dale Temple—, para convertirme en el gobernador de California.

Subió al carruaje y cerró la portezuela tras él.

CAPÍTULO IX

Mientras el carruaje avanzaba poco a poco hacia Carson City, Dale Temple miró el camino que dejaban atrás. Estaba tan ensimismado en sí mismo que casi tuvo un sobresalto cuando Mae se inclinó sobre él.

—¿Cómo explicaremos esto, Dale?

—¿Explicar qué?…

—Tú llevas un uniforme muy pomposo, pero vas a llegar a Carson City en el carruaje de unos emigrantes. Eso no tiene sentido.

—El verdadero carruaje del gobernador no servía. Estaba cosido a balazos.

—¿Y qué vas a decir?

—Pues la única cosa más o menos verosímil: que me asaltaron unos bandidos, que me libré por milagro de morir y que vosotros me recogisteis.

—Dale…, ¿no estarás haciendo una locura?

—No he hecho más que locuras en mi vida. Ya no importa una más.

—Pero, realmente, ¿qué pretendes con esto?

—Llegar a lo más alto. Poder hablar con gente que me diga la exacta verdad acerca de la muerte de mi hermano Richard.

Ella parpadeó.

—Hemos hablado pocas veces de eso, pero me parecía que ya tenías una idea clara.

—No, no la tengo aún.

—¿Qué sucedió exactamente?

—Bueno… Algo que ha sucedido otras veces ya. Lo asesinaron cuando faltaba un día para las elecciones.

—¿Quién lo hizo?

—Tres hombres. Tres asesinos llegados de Texas a los que no ha sido posible cazar aún. Aunque supe que uno de ellos había muerto

en San Antonio a causa de un desafío.

—Por tanto quedarán dos…

—Sí.

—¿Quién los pagó?

—Se dijo que los había pagado un candidato llamado Dos Santos. Hubo rumores en ese sentido porque los asesinos dejaron alguna prueba en el hotel donde se habían alojado. Y, naturalmente, la candidatura de Dos Santos se hundió. No obtuvo ni un voto.

—Dices eso como si no creyeras en su culpabilidad.

—Sólo creí en el primer momento.

—¿Por qué?

—Porque cada vez que alguien busca el culpable de un crimen, hay que pensar a quién beneficia ese crimen.

—¿Y a quién benefició?

—A mi hermano no, por supuesto, ya que él fue la víctima. Tampoco benefició a Dos Santos, ya que resultó derrotado. Allí el único que ganó fue Edward Kaufer. Ganó por una mayoría abrumadora.

—¿Quieres decir que fue Kaufer el que hizo asesinar a tu hermano, dejando a su paso unas pruebas que acusaban a Dos Santos?

—Sí, eso fue lo que hizo. He dado muchas vueltas al asunto y ahora estoy seguro de ello. Dos Santos no podía ganar, pero podía inclinar la balanza hacia uno u otro si le entregaba sus votos. No tenía razón para asesinar a nadie. En cambio Kaufer sí. Kaufer o mi hermano eran los seguros ganadores. Con su crimen, ese miserable eliminó a mi hermano y anuló también a Dos Santos.

—¿Quién crees que hubiera sido elegido gobernador, Dale?

—Es difícil predecirlo. Faltaban veinticuatro horas para ir a las urnas y cualquier cosa hubiera podido suceder. Pero por descontado que la cosa estaba entre Edward Kaufer y Richard Temple. La diferencia a favor de uno u otro pudo haber sido por muy pocos votos. Richard representaba la honradez más absoluta y en ese sentido parecía que debía ganar. Pero Kaufer tenía a su lado a los caciques, a hombres como el juez Cardigan y como su condenado *sheriff*. Esas cosas siempre influyen. Sí… Repito que la diferencia pudo haber sido muy pequeña.

Cerró los ojos de pronto, como si se sintiera muy cansado.

Al abrirlos, los volvió a clavar en un paisaje que se hacía más seco cada vez, presagiando de nuevo la proximidad de Carson City.

CAPÍTULO X

No era una ciudad agradable para Dale Temple, entre otras cosas porque allí había bastante gente que podía reconocerle.

Pero tenía una ventaja. Edward Kaufer no le había puesto nunca el ojo encima, al menos de cerca.

La última vez que estuvieron cerca fue la noche en que Irene resultó asesinada. Y era Edward Kaufer justamente quien lo había hecho.

Si en este momento alguien hubiera podido penetrar en el cerebro de Dale Temple no habría encontrado más que negras sombras de venganza.

Todo lo que Dale Temple era en esos momentos, se podía resumir en una sola palabra:

Muerte.

Muerte a Kaufer, porque había asesinado Richard y a Irene. Muerte a toda la guardia de pistoleros que le acompañaban. Muerte a todos los miserables que con sus crímenes estaban ensuciando aquella tierra.

Pero para eso tenía que fingir.

Tenía que llegar a Carson City convertido en el auténtico gobernador de California.

Se presentó en el mejor hotel de la ciudad y explicó lo que había ocurrido. Naturalmente había allí habitaciones reservadas para él y para su séquito. Como nadie le conocía y como la explicación que dio era bastante verosímil, se le admitió sin más explicaciones.

—La primera reunión de gobernadores tendrá lugar esta noche, señor —le informaron—. Le rogamos asista vestido de uniforme o de rigurosa etiqueta.

—De acuerdo. Pueden tener la seguridad de que no faltaré. Me estoy derritiendo de ganas de conocer a algunos de mis estimados colegas.

—¿Qué hacemos con estas personas que le han ayudado, señor? ¿Se alojará aquí, también?

Mae fue a iniciar un gesto de tímida protesta, pero Dale murmuró:

—¿Verdad que tenía habitaciones reservadas para mi séquito?

—Por supuesto, señor.

—Pues que se alojen en ellas. Creo que es lo menos que puedo hacer después de salvarme la vida.

De ese modo todos se alojaron en el mismo hotel, aunque en habitaciones separadas. Mae no podía negar que tenía miedo. Todo aquello le parecía una aventura loca, una aventura que tenía que terminar en un baño de sangre. Y lo peor era que entre esa sangre estaría la de todos ellos, empezando por la de Dale Temple.

Dale, en cambio, no podía negar que se sentía satisfecho.

Iba a tener la mejor ocasión de su vida para vengarse.

Y pensaba aprovecharla.

Entre los baúles que había recogido, cargados con ropa del auténtico gobernador, había varios pomposos uniformes y unas cuantas prendas de etiqueta que le sentaban como hechas a su medida. Había también lujosas armas trabajadas en plata y una enorme cantidad de monedas de oro que demostraban lo que se podía obtener con un cargo como aquél. Y también demostraba lo que debía estar ganando Kaufer, que era el más sinvergüenza de todos.

Cuando Dale estaba dando los últimos toques a su nuevo vestuario, llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo.

Dos hombres aparecieron en el umbral.

Los dos iban bien armados y tenían una fea catadura, pero en este momento mostraban una sonrisa suave y respetuosa.

—Señor gobernador… —dijo uno de ellos.

Y de pronto sus facciones se volvieron lívidas.

—¡No puede ser…! —barbotó—. ¡Pero si éste no es…!

Dale Temple se dio cuenta instantáneamente de lo que ocurría. Aquellos dos buitres conocían al auténtico gobernador y se habían dado cuenta del cambiazo.

Uno de ellos barbotó:

—¡Maldito…!

Fueron a sacar sus armas.

Y Dale no tenía enfundado el revólver aún. No disponía de nada en este momento. Se hallaba inclinado sobre uno de los baúles eligiendo un chaleco de seda. En menos de un segundo vio que dos revólveres ya le encañonaban.

Pero no se alteró.

Aquélla era una cuestión a vida o muerte. Si vacilaba una sola fracción de segundo, estaba perdido.

Cerca de sus manos sólo había una cosa:

La magnífica colección de cuchillos con mango de oro que el difunto gobernador guardaba en el baúl, junto con los revólveres de lujo. Cuchillos de agudo filo, de pesado mango, hechos para matar elegantemente.

Dale saltó de costado mientras silbaba la primera bala.

Todo el cuerpo le dolió.

Pero consiguió que la bala sólo le rozase, mientras él sacaba del baúl dos de los cuchillos.

Y los dos segaron el aire casi simultáneamente, lanzados con mano maestra.

Fue instantáneo.

Sólo los que conocían bien a Dale Temple hubieran podido dar crédito a sus ojos.

Un cuchillo se hundió hasta las cachas en el corazón del pistolero de la derecha. Otro se clavó en el cuello del que estaba a la izquierda.

Se había producido un disparo más.

Pero la bala se limitó a destrozar una de las ventanas. Los dos pistoleros cayeron juntos en el umbral de la puerta.

Dale apretó los labios.

Mal asunto.

Se había librado de una muerte inmediata, pero ahora las cosas se pondrían feas. Quizá todo el mundo se enteraría de que él no era el gobernador de California y se frustraría su venganza.

En efecto, en el hotel se oían gritos.

Varios hombres llegaban a la vez.

Cada gobernador había traído a varios pistoleros para que le protegiesen. Todos menos Dale, por la sencilla razón de que los pistoleros que acompañaron al gobernador de California estaban ya

muertos. Los que se acercaban por el pasillo con las manos sobre las armas eran quizá hombres de Kaufer. Dale no lo sabía.

Todos se detuvieron en el umbral.

Miraban asombrados a los dos cadáveres.

Pero no conocían a Dale. No podían creer que éste no fuera el auténtico gobernador de California.

Uno de ellos borbotó:

—¿Qué ha sucedido aquí? ¿Cómo es posible? ¡Estos hombres formaban parte de la guardia!

Dale preguntó tranquilamente:

—¿Ah, sí? ¿Y quién respondió por ellos? ¡En cuanto conozca al tipo que los garantizó lo dejo seco aquí mismo! ¡Son unos traidores! ¡Alguien les ha pagado para que me mataran!

Los pistoleros miraron con asombro a los dos muertos.

—Perdone, señor. Creíamos que eran de confianza.

—¡Llévenselos de aquí! ¡Y arrójenlos al primer estercolero que encuentren en su camino!

—Bien, señor, así lo haremos. Y perdone lo que ha sucedido. Nadie puede entenderlo.

Los dos muertos fueron retirados.

Pero Dale Temple se dio cuenta de que ahora vivía sobre un volcán. En cualquier momento se produciría una catástrofe. Edward Kaufer averiguaría quién era y enviaría contra él sus perros de presa.

Terminó de vestirse.

Con su traje de etiqueta no podía llevar fundas pistoleras, pero cuidó muy bien de meterse entre la camisa y el pantalón, debajo del chaleco de seda, un pequeño «Colt» de seis tiros. Y en el calcetín de la pierna derecha, debajo del pantalón, se colocó uno de los cuchillos de oro.

Así salió de la habitación.

Atravesó sin hacer ruido el pasillo alfombrado.

La puerta de uno de los salones estaba abierta. Y a través del hueco vio a Edward Kaufer que se estaba besuqueando con una muchacha.

El muy condenado hijo de perra…

Parecía haberse olvidado muy pronto del asesinato de la que iba a ser su esposa.

Dale palideció.

El odio subió hasta su garganta y pareció ahogarle.

Sintió que sus manos iban solas hacia el «Colt» que tenía oculto bajo el chaleco.

Podía terminar allí mismo el asunto.

Liquidar a Kaufer como a un perro rabioso.

Pero en aquel momento oyó un chasquido a su espalda. No era el del martillo de un revólver ni nada parecido. Era algo tan inocente como el ruido de una puerta al abrirse. Pero eso significaba que tenía a alguien a su espalda.

Un desconocido.

Dale volvió la cabeza de repente, sin sacar el revólver.

Y sólo acertó a ver los dos ojos que le escrutaban desde la oscuridad de la habitación. Pero los ojos… ¿de quién…?

Lo curioso fue que a Dale le resultaron conocidos.

Tuvo la oscura sensación de haberlos visto antes en alguna otra parte. Pero la sensación duró sólo unos segundos, como duró sólo unos segundos la visión de aquellos ojos.

La puerta se había cerrado de repente.

Una quietud total volvió a imperar de nuevo sobre el pasillo.

Kaufer no se daba cuenta de nada y seguía besando a la chica. Era una perfecta ocasión para matarle, una oportunidad que no se repetiría más.

Dale extrajo definitivamente el revólver. Fue a avisar a Kaufer en parte para no matarle a traición y en parte para que sufriese viendo la cara de su propia muerte. Matarle sin que se diera cuenta de nada hubiera sido demasiado piadoso.

Ahora Dale Temple, por primera vez en su vida, tenía todos los triunfos en su mano.

Bueno, eso creía.

Porque en unos instantes todo cambió.

En cuestión de segundos él pasó a convertirse simplemente en un aspirante a cadáver.

CAPÍTULO XI

La cosa sólo podía haber llegado de un sitio: del individuo que había visto a Dale a través de la rendija de la puerta. Sólo él podía haber dado unas órdenes rapidísimas y haber movilizado en cuestión de segundos a la banda de Kaufer.

Lo cierto fue que, de pronto, Dale se sintió acorralado.

Dos hombres asomaban por una de las puertas situadas al fondo. Los dos iban armados con escopetas de cañones aserrados.

Otros dos hombres subían por la escalera.

Y se veía ya asomar por el borde de la barandilla las puntas de sus rifles.

Dale Temple no tenía un segundo que perder y no lo perdió. Tantas veces había estado acorralado que eso ya no le producía ninguna emoción. Y actuó automáticamente, con la precisión de una máquina.

Los más peligrosos eran los tipos de la puerta del fondo.

Con las escopetas de cañones aserrados no se puede jugar, si uno se mueve en un espacio pequeño.

Dale Temple se protegió tras la puerta de la habitación en que se encontraba Kaufer. Como ya tenía el «Colt» en la mano, no necesitó más que unas décimas de segundo para hacer fuego.

Ninguno de los dos hombres llegó ni siquiera a poner la escopeta en línea de tiro.

Cayeron fulminados por el plomo.

En cuanto a los dos que subían por la escalera, quedaron desorientados un momento. Al ver caer a sus compañeros alzaron sus armas, pero sin saber muy bien contra quién dirigirlas.

Dale se encargó de sacarles de dudas.

Su «Colt» ladró otras dos veces.

Los efectos fueron mortíferos.

Los dos hombres que subían por la escalera volvieron con toda

urgencia al piso inferior, pero no fue por su voluntad. A uno la bala le había alcanzado en la frente. Al otro en mitad del pecho.

Toda aquella parte del hotel se había llenado de olor a pólvora. El estruendo de los disparos había hecho que todo el mundo se pusiera en pie de guerra.

Edward Kaufer estaba aterrado.

Dale Temple se parecía lo bastante a su hermano Richard para que no hubiese dudas en cuanto a su identidad. Kaufer lo reconoció inmediatamente y supo lo que significaba su presencia en aquel lugar.

Era como que estuviese viendo a la muerte.

Pero no por eso perdió la serenidad.

Ni la cobardía.

Se parapetó detrás de la mujer.

Y el muy condenado debía tener experiencia en eso, porque se cubrió tan perfectamente tras ella que no dejó un resquicio por dónde meter una bala.

Dale Temple ahogó una maldición.

Para liquidar a aquel cerdo de Kaufer, tenía que matar primero a la muchacha.

Y eso no estaba dispuesto a hacerlo. Ella no tenía ninguna culpa. Pero si vacilaba, aquel lobo de Kaufer salvaría la vida.

Dale barbotó:

—Si fueras un hombre te defenderías, maldito.

—Prefiero ser un cobarde vivo que un valiente muerto —dijo Kaufer con el mayor cinismo.

Y retrocedió poco a poco hacia la ventana.

Pero seguía sin dejar el menor resquicio por donde clavarle una bala, era inútil que la chica, ciega de terror, intentara desasirse. Él la sujetaba con mano de hierro.

El tiempo jugaba a favor de Kaufer.

Todos los pistoleros que había en el hotel actuarían para ayudarle. En cambio, Dale estaba solo. Nadie le protegería.

Kaufer barbotó:

—Tú eres el hermano de Richard.

—Y he venido aquí para vengarle. He venido también para vengar a Irene. Mi revólver es la ley, maldito perro.

Kaufer lanzó un cobarde gritito de miedo.

Se daba cuenta del peligro que corría.

Pero no por eso perdió la noción de lo que tenía que hacer. Siguió sin dejar un resquicio. Y bruscamente, con una agilidad que Dale no esperaba en él, saltó hacia la ventana.

Hasta la última fracción de segundo estuvo protegido por el cuerpo de la chica.

Tanto, que Dale Temple no se atrevió a disparar.

Los cristales se rompieron. Toda la ventana se hizo añicos a causa de la fuerza con que la embistió Kaufer. Y Dale Temple envió entonces dos balas pero sabiendo que ya no le alcanzaría.

Alguien más subía por la escalera.

Pero no era ése el principal peligro.

Dale Temple se dio cuenta con sorpresa de en dónde estaba de verdad la muerte.

La puerta desde la que antes le espiaron acababa de entreabrirse. Por la rendija asomaba el cañón de un «Colt».

Y otra vez aquellos ojos.

Aquellos ojos que Dale creía recordar.

Pero en las tinieblas no podía precisar absolutamente nada. Y además no tenía tiempo para pensar. No iba a tener ni una décima de segundo.

Desde la rendija negra partió una llamarada. Dale se había lanzado hacia un costado, pero sintió el roce del plomo. Y aunque la herida no era grave, se dio cuenta de lo que podía suceder si aquello duraba medio segundo más.

Disparó contra la puerta las dos únicas balas que quedaban en su pequeño revólver.

Eran forzosamente plomos de pequeño calibre y que sólo mataban a corta distancia.

Los dos penetraron por el pequeño resquicio que quedaba entre la puerta y la jamba, pero Dale se dio cuenta de que no habían alcanzado a nadie. Su enemigo también era muy ágil. Ya no estaba en el sitio desde el cual disparó.

De todos modos, Dale no podía dejarle escapar.

Se daba cuenta instintivamente de que aquél era el principal enemigo que tenía. Desde luego no era Kaufer.

Era aquel tipo desconocido. Y algo le decía que se trataba de alguien que estaba por encima del propio Kaufer.

Corrió hacia aquella habitación.

Abrió la puerta.

Pero allí no había nadie. Sólo se movían a impulsos de la brisa las cortinillas de la ventana recién abierta.

El desconocido acababa de huir por allí.

Dale fue a seguirle.

Pero en ese momento alguien más apareció en el pasillo. Era una figura blanca, casi vaporosa. Dale se volvió de repente para encontrarse con los ojos hipnóticos de Mae.

Ella bisbiseó:

—¿Pero qué es esto, Dale? ¿Qué pasa?

—Está ocurriendo lo que tenía que ocurrir, muñeca. He puesto ya los pies en el camino maldito de mi venganza.

—Van… van a acabar contigo…

—Ya contaba con eso.

—¿Y no te importa?

—No —dijo Dale, secamente—. No me importa en absoluto si consigo vengar a Richard. Él era un gran hombre. Su sucio asesinato no debe quedar impune.

—A ti puede no importarte nada —bisbiseó la muchacha—. ¡Pero me importa a mí! ¿Te das cuenta? ¡Me importa a mí!

Aquellas simples palabras eran toda una confesión.

Una confesión patética, puesto que acababa de ser hecha en el umbral de la muerte.

Dale bisbiseó:

—Quizá nunca más volvamos a vernos, Mae. Es muy posible que no volvamos a hablar jamás porque dentro de unos minutos yo esté muerto. Por eso quiero darte un último consejo: Vuelve junto a Kent. Él es un hombre que te merece y que te quiere.

—Pero yo ahora sé cuáles son mis sentimientos, Dale. Antes no lo sabía.

—¡Olvídalos! ¡Sean cuales sean tus sentimientos, olvídalos de una condenada vez!

Dale Temple tenía miedo por ella. No quería que Mae pensara en nadie que no fuese Kent. Estaba sinceramente convencido de que Kent era quien la merecía.

A pesar de que eso le mordiera rabiosamente en el corazón.

Porque él también quería a Mae. Porque se daba cuenta

instintivamente de que podía ser la mujer de su vida.

Pero él iba a morir. ¿Y para qué sirve un muerto? Movió la cabeza negativamente.

—Adiós, muchacha —susurró—. Éste es el fin. No creo que salga vivo de aquí, pero al menos habré liquidado a ese granuja de Kaufer. Hasta nunca.

Y fue a dirigirse de nuevo hacia la puerta.

Pero se dio cuenta en el último momento de que Mae estaba haciendo algo más que hablar con él.

Estaba protegiendo la entrada con su cuerpo para que los pistoleros de Kaufer no le viesen.

Porque aquella pandilla de perros rabiosos ya estaba allí.

Uno de ellos apartó brutalmente a la muchacha.

—¡Atrás, zorra!

Dale Temple se dio cuenta de algo terrible. No tenía ya balas en el «Colt». No tenía tampoco ningún arma a su alcance, excepto el cuchillo.

Se inclinó para sacarlo.

Pero aun así hubiera llegado tarde de no ser por Mae. Fue Mae la que se abalanzó sobre el primer pistolero que ya le apuntaba, haciendo que su primera bala saliese desviada.

Dale lanzó el cuchillo.

Y se oyó un grito de horror.

El pistolero acababa de sentir cómo la hoja de acero se hundía en mitad de su garganta.

Dale se lanzó hacia él.

Necesitaba un revólver.

Pero fue en ese momento cuando los labios de Mae se separaron para que de ellos brotara un grito de muerte.

CAPÍTULO XII

Era otro pistolero el que le había clavado el cañón del revólver en la espalda. Trataba de protegerse en Mae para balear a Dale Temple, pero la muchacha comprendió que también dispararía contra ella. Era una cuestión de segundos.

Dale ya no tenía ningún arma.

Y oía llegando desde la escalera el ruido de otros pistoleros que ya estaban alcanzando el piso.

No tenía más remedio que hacer aquello.

Alzó las manos mientras susurraba:

—No dispares contra la chica. Me rindo.

El pistolero dio un brutal empujón a Mae.

La hizo rodar por tierra.

Y apuntó con su «Colt» directamente a la cabeza de Dale Temple, mientras lanzaba una seca carcajada.

—Será divertido, compadre —barbotó—. Vas a quedar tuerto del ojo izquierdo.

No había duda de que era allí por donde pensaba meterle la bala.

Pero se quedó con las ganas.

Llevado por su propia confianza y por su feroz ansia de matar, se había acercado en exceso a Dale. Éste levantó la pierna derecha con un movimiento de rapidez fulgurante.

El gun-man ni se enteró.

Todo había sido tan rápido, tan magistral, que apenas pudo abrir la boca mientras veía volar su revólver. Inmediatamente, un zurdazo fulminante le envió hacia atrás, contra sus propios compañeros que ya iban a entrar en tromba.

—¡Aparta, idiota!

No tuvo tiempo de decir nada más.

Dale había cazado al vuelo el revólver de su enemigo, disparando rabiosamente con él contra los que estaban en la puerta.

Fue una alucinante sucesión de fogonazos.

La habitación se llenó de olor a pólvora y de llamaradas color naranja.

Los gritos de agonía y las maldiciones llenaban el aire.

El grupo de pistoleros que taponaban la puerta pareció desintegrarse. Todos saltaron en diversas direcciones. Pero los que no se lanzaron barandilla abajo rodaron por el suelo mientras se les llenaba el pecho de manchas color escarlata.

Dale lanzó el revólver.

Lo había disparado como si fuese una ametralladora. Pero ahora ya estaba descargado y no le servía de nada. Tomó el «Colt» de uno de los muertos.

Mae seguía en el suelo.

Estaba aterrorizada.

Parecía no creer en lo que había visto.

—Vete de aquí —balbució el joven—. Salta por la ventana antes de que sea demasiado tarde.

Mae movió la cabeza negativamente.

—Es inútil, Dale. No me pidas eso. Pídeme cualquier cosa menos que te deje.

—Quiero vengar a mi hermano, muchacha. Ésa es mi única idea. Quiero vengar a un hombre que valía mucho más que yo. No tengo otra preocupación, y por lo tanto, no podré cuidar de ti. En cambio Kent te merece, Kent te…

Ella estaba junto a la ventana destrozada.

Sólo tenía ojos para mirar a Dale.

Pero aun así se dio cuenta de lo que ocurría abajo. Se dio cuenta, por ejemplo, de que algunos pistoleros huían en todas direcciones, presas del pánico. Tenían la sensación de que se enfrentaban al propio diablo.

Y se percató de algo más. Un hombre que no era un pistolero, sino todo lo contrario, también huía. Kent, dominado por el pánico, se alejaba con la carreta.

Mae bisbiseó:

—Mira.

Dale Temple se acercó a la ventana, pero con precauciones. Se dio cuenta enseguida de lo que la muchacha había querido decir. Kent tenía miedo. Kent era sin duda un hombre que la amaba, pero que nunca sabría defenderla.

Dale Temple entrecerró los ojos.

—Lástima —dijo.

Mae le miraba fijamente.

—¿Lástima por qué?

—Porque tendré que cargar contigo.

Y fue a besarla. Fue a hacer lo que había pensado hacer tantas veces, desde el condenado momento en que la conoció.

Pero en aquel momento tuvo una sensación extraña.

La de aquellos ojos clavados en la nuca.

Los ojos que ya había visto antes y que ahora volvían a mirarle a través del espacio.

Aquellos ojos desconocidos y que sin embargo creía recordar…

Dale Temple soltó a Mae lentamente.

Le dominaba una sensación que no sabía descifrar.

Como si fuera frío en la nuca.

Se volvió poco a poco.

Y vio entonces bien claramente los ojos de aquel hombre que ya había tratado de matarle.

Pero debajo de los ojos había algo más.

Esta vez le vio la cara.

La cara increíble.

La cara que le produjo una sacudida hasta el fondo de la espina dorsal.

¡La cara de su hermano Richard!

CAPÍTULO XIII

Una sonrisa triste, amarga, flotaba en los labios del «muerto». Se notaba que no hubiera querido pasar por aquella situación. Se notaba que para él aquello era casi tan amargo como para Dale.

Dale no podía hablar.

La voz de Richard le parecía lejana.

—Lo siento, Dale —musitó—, porque no hubiera querido que llegase nunca este momento. Pero te has entrometido demasiado y tienes que pagar. No se vive eternamente, muchacho. No vive eternamente ni siquiera un pistolero como tú.

—Pero… pero, Richard… —la voz de Dale se ahogaba—. ¡Tú estabas muerto! ¡Todos vieron cómo te asesinaban!

—Claro que sí, muchacho, claro que sí. En eso estaba el truco. En que todos lo viesen. Pero lo que la gente no podía saber era que los revólveres de aquellos asesinos estaban cargados solamente con balas de fogueo. Obraron exactamente como lo hubieran hecho para matarme de verdad, pero no me produjeron ni un rasguño. La gente no podía saber tampoco que la sangre que brotó de mi pecho era sangre de animal, debidamente preparada para que no se coagulase, y que yo llevaba bajo la camisa en unas delgadas bolsas que rompí al apretarlas. Quedaba solo la última parte de la comedia, que era la desaparición de mi cadáver. Pero también eso estaba previsto. Fue al lanzarme a aquel carro de paja convenientemente estacionado bajo la ventana, y cuyo conductor sólo esperaba mi caída para arrancar.

—¿Qué… qué estás diciendo, Richard…?

—Te estoy exponiendo mi sencillo plan, muchacho. Un plan al que sólo faltaba un detalle: el incendio que uno de los pistoleros cuidó de provocar lanzando aquella lámpara sobre la paja. Al convertirse el carro en una pira, yo ya había saltado y desaparecido, ocultándome en un sitio convenido con Kaufer. Naturalmente,

dentro del montón de paja estaba un cadáver de un pobre tipo asesinado previamente. Fue lo único que encontraron y todo el mundo creyó que era yo.

Dale seguía sin poder respirar apenas.

Sus ojos estaban desencajados.

Le costó un terrible esfuerzo barbotar:

—¿Dices que estabas aliado con Kaufer? ¿Pero por qué, Dios santo? ¿Por qué…?

—Muy natural, hermanito. Uno de los dos tenía que ganar y uno de los dos tenía que perder. ¿Por qué exponerse a ese riesgo? ¿Por qué no llegar a un acuerdo y repartir las ganancias? A eso se le llama ir sobre seguro. Lo único que hacía falta era eliminar a Dos Santos, y eso se resolvió fácilmente con mi muerte. Desde entonces no he hecho más que estar tranquilamente oculto, pero participando de las fabulosas ganancias de Edward Kaufer. Todo marchaba bien. Todo si no llega a ser por ti. ¿Por qué lo complicaste todo, Dale? ¿Por qué quisiste vengarme?

Dale sentía que se ahogaba.

Todo lo que veía daba vueltas en torno suyo. La vida no tenía ningún sentido. En este terrible momento no le hubiera importado morir.

—Porque te quería, Richard —dijo, sintiendo cómo las lágrimas quemaban el fondo de sus ojos—. Porque te consideraba un ser superior. Porque eras… eras… un ejemplo para mí.

Y una especie de sollozo contenido quemó en el fondo de su garganta.

Dale, que no había llorado jamás, sentía que ahora las lágrimas le ahogaban.

Pero se aguantó salvajemente.

Nadie notó nada.

Nadie. Ni Richard.

Dale Temple fue a soltar el revólver. ¿Para qué lo quería ya? ¿Para qué lo necesitaba?

Pero en ese momento Mae gritó:

—¡Cuidado! ¡Cuidado los dos!

Era Kaufer el que había aparecido en la puerta, armado con un rifle del 73. Kaufer el que apuntaba a Dale con una mueca salvaje.

Richard Temple alzó la derecha mientras barbotaba:

—¡No, a él no! ¡Ahora que lo sabe todo no quiero que muera! ¡Él, no! ¡Él, no!

Y trató de colocarse delante de su hermano mientras añadía barbotando las palabras:

—Llegaremos a un acuerdo con… con… él…

Kaufer giró ligeramente el rifle mientras apretaba el gatillo. Mascullό:

—¡Después de esto ya no me sirves, Richard! ¡Ahora te ha visto! ¡Lo has estropeado todo!

Richard Temple recibió la descarga en el pecho.

Se llevó las manos crispadas a la espantosa herida.

Pero ahora era verdad.

Ahora sí que le habían asesinado.

Dale Temple apenas se dio cuenta.

Supo instintivamente que no emplearía el revólver nunca más. Que su vida cambiaría por completo a partir de aquel momento.

Pero, para ser la última vez, movió bien el «Colt».

Y a tiempo.

Y apretó bien el gatillo.

Seis veces.

Seis balas, una tras otra, en el cuerpo de aquel perro rabioso que en vida se llamó Edward Kaufer.

El gobernador cayó a tierra con el pecho destrozado. Había lanzado seis gritos y se había estremecido seis veces.

Dale Temple soltó entonces el revólver.

Su venganza había terminado.

Su amarga venganza.

Empujó suavemente a la muchacha hacia el exterior.

—Vámonos de aquí, Mae. Vámonos para siempre de este condenado infierno.

Y los dos salieron a la calle. Había gente que se arremolinaba ante el hotel. Había también bastantes borrachos. Uno de ellos barbotó:

—¡Menuda fiestecita ha habido ahí dentro! ¡Ha valido la pena! ¡Es lo que digo yo! ¡Carson City sí que es una ciudad divertida!

FIN